EL COJO ILUSTRADO

Año XIX — 15 DE ENERO DE 1910 — Nº 434

PRECIO
Suscripción mensual.....B 4
Un número suelto.....B 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN
Empresa El Cojo — Caracas — Venezuela

EDICION QUINCENAL
Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Este 4—Número 14
Caracas — Venezuela
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



DIGITAL UCAB

Museo del Louvre - J. B. PIERRE: Aglaura convertida en piedra

LA CAIDA DEL JEFE CIVIL

—

El coronel Unquera andaba muy atareado, de un lado para otro, en continuo ajetreo. Era el jefe civil de Aguasclaras, y al día siguiente, de Epifanía, se aguardaba en el pueblo, capital del Distrito, al general Boliche, «Presidente Constitucional del Estado». Unquera andaba solícito en prepararle al general un recibimiento espléndido y suntuoso. Su conducta en el tiempo que llevaba de Jefe Civil había sido brutal y desenfrenada, y abrigaba serios temores de que el Presidente lo depusiera al convencerse de alguna de sus innumerables fechorías, cuanto más si en Aguasclaras mismo llegaba á entender sus depredaciones y escándalos.

El programa de los festejos, elaborado por el secretario de la Jefatura Civil, un enano enclenque y patizambo que componía décimas atroces y las declamaba con voz afilada de flauta en todas las fiestas familiares, comprendía desde la cabalgata que iría á recibir al Presidente á cosa de dos leguas del pueblo, hasta la iluminación, fuegos artificiales y retreta de murga improvisada con que despediría Aguasclaras, ebrio de entusiasmo, al día de Reyes y al general Boliche, Presidente Constitucional del Estado. Por más esfuerzos que hizo el Unquera, no logró que el Presidente accediese á asistir al baile. Había resuelto Boliche dormir algunas horas en el pueblo y seguir de madrugada para el Distrito vecino. Hacía lo que suele llamarse «visita oficial», con premura y de mala gana.

Este tal Boliche era hombre bonachón y llano, sólo que algunos lo tildaban de rijoso. Presidía el Estado más por ambición de sus amigos que por deseos suyos. Todo el mundo sabía que en la guerra era terrible, cauto y astuto como una zorra, cruel como una hiena. El entonces Presidente de la República necesitaba por su parte apoyarse en Boliche para conservar tranquilo aquel Estado, de suyo voltario y levantisco. Mas en la paz y en la magistratura, la hiena tornábase cordero. Dadivoso y franco, como casi todos los hombres de fortuna, su mayor deseo era que todo el mundo anduviera contento. De los fraudes y violencias de sus subalternos, todos antiguos soldados, él no veía nunca sino lo que dañaba y hería á los demás, nunca á sí propio. Rico de gran riqueza, poderoso y respetado, quería que todos manejaran los tesoros públicos como él podía hacerlo, con manos limpias.

Unquera, por esto mismo, le temía á la visita de Boliche. Venía extorsionando el Distrito con el mayor vilipendio y descaro. Impuestos ilegales y exhorbitantes, exacciones brutales, empréstitos forzados, y una conducta «social» detestable. En el pueblo murmuraban. Los cuatro ó cinco ricos de la comarca le adulaban, para ampararse de sus brutalidades, pero era detestado por la mayoría del Distrito, y especialmente la clase humilde lo odiaba.

Por aquella época la situación de Aguasclaras y su distrito era de gran miseria. La guerra que se sostuvo por largo tiempo en la comarca fué sobre ella como un riego de llamas, como una verdadera devastación. El pueblo gemía, angustiado, entre fatigas y hambres. Y Unquera había caído sobre el pueblo y sus contornos como una calamidad mayor aún, definitiva. Su rapacidad devoraba con frenesí las migajas que perdonó la furia guerrera.

Por eso andaba Unquera solícito y cuidadoso. Organizó en el pueblo el festival y á la madrugada del día de Reyes, se fué á encontrar á su «jefe y amigo» por la carretera maltrecha. Pero el jefe y amigo no vino. Se había detenido más de lo que quisieran los suyos en un pueblo vecino, seducido por el encanto de una india lánguida y dulce que le negó sus favores. Unquera fué avanzando, desalentado y triste. El general se apareció á la una, á seis leguas de Aguasclaras, con un humor de mil demonios, porque la susodicha india había hecho tanto caso de él como de las estrellas errantes. Unquera se mostró abyecto en vano, porque Boliche no llegó á desarrugar el ceño y apenas le hizo dos ó tres preguntas corteses.

A la entrada de Aguasclaras los hombres que Unquera había apostado lanzaban vítores vinosos, á los que hacía eco el silbido y final estrépito de los cohetes. Las mujeres curiosas asomaban rostros tímidos por las ventanas. Los más del pueblo, silenciosos, contemplaban al Presidente con indiferente mirada. Era de otra comarca y entre ellos apenas tenía el renombre de guerrero bravo y brutal. Era, además, el Presidente, y los tiempos eran duros, y la dureza de los tiempos la echacaban ellos con candorosa lógica primitiva, al Presidente. ¿Pues no era aquel ciclón de Unquera criatura del Presidente y teniente suyo? Los más sentían hambre auténtica. Pero les habían obligado á que salieran á victorear á Boliche. Con el retardo de éste el programa de los festejos se vino abajo. Ya á aquella hora sólo eran posibles los toros «coleados», diversión de que gustaba mucho el general Boliche y á que había sido gran aficionado. Ahora ya no coleaba por sus achaques aunque él aseguraba sonriente que era por el decoro de la magistratura. En momentos en que le estaba ofreciendo al Presidente del Concejo Municipal construir por cuenta del Estado un «Palacio Municipal» en Aguasclaras, Unquera, con sonrisa servil le anunció que tenía «toros coleados» en su obsequio. El general, del brazo de una señorita que tenía los cabellos rojos como un incendio y era pecosa, se marchó al puésto que le habían preparado, una especie de balcón rústico, con un zarzo florido por techumbre. En la calle ante el improvisado balcón caracoleaban sudorientos, á caballo, cuatro ó cinco mozos que dirigían miradas aduladoras al Presidente. Eran los coleadores.

—Allá viene el toro!... Allá viene! gritaban los muchachos.

No venía. En la esquina, en la pulpería, un borrachín enfático predicaba:

—Toros coleados, imbéciles, toros coleados... Vosotros sois los coleados, pero sois bueyes... Hambrientos! Sabéis acaso, ni habéis pensado nunca en ello, cuántas arrobas de carne digerible... ¡alimenticia, estúpidos!... contiene cada uno de esos toros que ahora van á colear!... Colocados en vuestros estómagos, y no sueltos en la calle os curarían la estupidez con los jugos de sus músculos... En vez de dejarlos colear debíais comeroslos... matarlos y alimentar con su buena carne la vuestra, flaca y anémica...

En el tumulto tuvo buena acogida la idea.

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!...

—¡A comernos los toros!...

—¡A beneficiarlos!...

—¡Viva el general Boliche!...

—¡Mueran los toros!...

En un tris estuvo todo hecho, como pasa siempre con la muchedumbre en sus horas de voluntad colectiva. Entráronse al toril, suerte de cercado precario, con audacia de borrachera. Mas no sabían cómo matar los cuatro toros de hermosa lámina, apuestos y bravíos.

—Cáele á tiros, compadre!

—A tiros nó...

—Está rascao...

—Con tu machete!...

—Dale esa estocada!...

—Dejarrétenlos!... Dejarrétenlos!...

—Sí!... que los derrienguen!...

Predominó esta opinión. Un mocetón bizco y forzudo les fué cortando los jarretes, taimado.

En cuanto rodaron por el suelo la muchedumbre se precipitó ávida. El



Marcos STONE: La novia del marino

borrachín de la idea había despojado á un policía de su carabina y amenazaba con ella á todo el mundo. Los tres policías que quedaban armados se retiraron llenos de consternación á llevar la noticia del desafuero al Jefe Civil.

Ya este andaba impacientado:

—¡Que suelten el primero!

Lo había dicho ya tres ó cuatro veces, en vano. El toro no aparecía en la calle polvorienta, llena de sol.

Por fortuna el general no se daba cuenta de nada. Conversaba ardientemente con la rubia pecosa, y se inclinaba cada vez con más fervor sobre su descote generoso. Los ojos le relampagueaban con la perspectiva de pasar la noche en Aguasclaras, feliz. La muchacha roja era maestra de escuela.

De repente, uno de los policías se acercó á Unquera, demudado. El vocerío del toril llegaba ahora hasta él. No dejó hablar al subalterno:

—Dígale á esa gente que suelte el toro... O voy á ir yo mismo!...

—Coronel... es que se están comiendo los toros!...

—¿Qué?

—...Que se están comiendo los toros!...

Boliche se volvió.

Por el extremo de la calle avanzaba una muchedumbre de hombres del pueblo, vociferantes, armados de asadores de palo y de hierro, donde traían los pedazos de carne asados de prisa. A lo lejos se levantaba la humareda que daban las bardas del corral ardiendo: era el fuego en que asaran la carne de los toros.

Y el borrachín enfático, puesto ante el balcón del Presidente, gritó:

—General!...Nos vamos á comer los toros á vuestra salud!... General, estamos hambrientos! General! más vale una buena comida que una mala coleada!...

Y Unquera, á poco, consternado y colérico, contemplaba cómo se desvanecía en el horizonte la nube de polvo que levantaba la comitiva del general en fuga. Así mismo iban desvaneciéndose en su espíritu los pensamientos de ambición y de lucro.

JESÚS SEMPRÚM.

ELEGIA MARCIAL

—

† Á MI PADRE.

Esta noche he pasado, con mi dolor tranquilo,
por un cuartel vetusto de la ciudad;
y he oído el són largo y trémulo de los clarines
cual si fuese el pregón de una vida inmortal:
la muerte de mi padre ha melancolizado mi alma
como no se ha melancolizado jamás;
pero la voz de estos clarines lamentables
ha henchido mis recuerdos de una tristeza marcial.
La voz de estos clarines fue grata á los oídos
de mi padre, en los tiempos de su juventud militar:
mi padre supo disciplinar los años
de su primavera audaz
en los claustros austeros de los cuarteles sombríos
y en las noches líricas del vivac;
y es así como la voz de estos clarines lamentables,
hoy que mi padre acaba de espirar,
me lo evoca dentro de la floración de los entorchados
en su gallardo uniforme de capitán.

Suenen clarines, suenen en buena hora;
y evóquenme á mi padre, fuerte, sano y jovial,
con sus ojos llenos de visiones doradas
y sus mejillas rosadas hasta en la ancianidad:
el joven capitán hace en las noches,
arrogantemente, sus espuelas sonar,
delante de las rejas en que mi madre asoma
los grandes ojos negros de su curiosidad;
y estos clarines me hablan del coloquio
en que se urde el misterio de mi signo mortal
y en que del primer beso brota la flor de poesía
cuyos pétalos arrojo ahora á los vientos de la Eternidad...

Suenen clarines, suenen en esta hora,
en esta hora henchida de tristeza marcial;
y agólpense en mi espíritu los recuerdos
que á ser esperanzas nunca volverán:
mis cinco abriles discurren
cogidos por la mano paternal,
como un florido ramillete
de lirios de ternura y de rosas de paz;
y discurren por los cuarteles sonoros,
en cuyos murallones de cal
el Sol se ríe de los monótonos reclutas
que se fatigan de marchar
y tiene una mirada compasiva
para los inválidos, que rememoran quizás
los pañuelos en las ventanas
saludándolos melancólicamente al pasar.....

Suenen clarines, suenen
en una elegía marcial,
sobre los despojos, que cuanto más lejos de mis ojos,
más adentro de mi corazón están.

¡ Oh padre mío !
Yo no tendré tu felicidad:
yo siempre viviré para el estudio
y tú supiste vivir para el hogar.....
¡ Oh padre mío !
Tú no conociste el horror de la popularidad,
ni te coronaste con las zarzas de la envidia:
has vivido sin ruido y has fallecido en paz .....
Suenen clarines, suenen hoy más que nunca,
para que yo no pueda gritar
con un grito que se oiga en veinte pueblos
y que vaya á perderse en la sordera de la Eternidad...

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Inédita.

AD ORAM SEPULCHRI

De "Hojas Amarillas"

--Cuando veas mis párpados cerrarse
al beso que me da la muerte helada,
y libre de su frágil envoltura
vuele hacia Dios mi alma;
cuando mi cuerpo el ataúd encierre
y baje al fondo de la tierra ahondada,
pronta ya á confundirme con el polvo,
¿qué ha de decirme tu postrer palabra?...
--Adiós! murmuraré: contigo yacen
muertas mi juventud y mi esperanza,
que ambas leales á tu amor murieron
y á acompañarte á tu sepulcro bajan.

--Cuando pasen los años y en mi huesa
tienda el césped su manto de esmeralda,
donde zumben insectos de alas de oro
y mariposas blancas;
si tu fe no es fantástica quimera
y es tu amor inmortal como mi alma,
al inclinar las flores de mi tumba,
¿qué me dirá con su rumor el aura?...
--Mensajera piadosa del poeta
sobre las flores verterá sus lágrimas,
y eco fiel de sus íntimos pesares
susurrará para decirte: "¡Aguarda!..."

--Cuando surques el mar de la existencia,
si azota á tu bajel tormenta airada,
y triste miras que el dolor te acosa
y que tu fe naufraga;
si al apurar la hiel del infortunio
resurge mi recuerdo cual fantasma,
y presientes lo horrible de mi angustia,
¿qué dulce acento me traerá la calma?...
--Ahogaré mi dolor para decirte:
duerme tranquila, dulce bién, descansa;
aun no ha llegado el día en que tus brazos
desde tu asilo sepulcral me abras!...

--Y si la gloria tus afanes premia,
si la fortuna te acaricia ufana,
¿no borrará mi nombre el triste olvido
de tu memoria ingrata?
¿Qué me dirás cuando mi voz resuene
cual gemido de un alma lacerada
y te recuerde que en la tumba obscura
hay un sér que se queja y que te aguarda?...
--Murmuraré la estrofa más sentida
que me inspiró mi amor ó tu desgracia,
y te diré: si es símbolo tu nombre,
¿cómo olvidarte por quimeras vanas?...

Inédita.

GABRIEL E. MUÑOZ.

EL ROSAL DE FIDELIA

—

CUENTO EN DIÁLOGO

—

Dramatis personæ:

FIDELIA, 18 años.
PEDRO EL VIEJO, su padre, 50 años.
LUIS SANTIAGO, pastor de cabras, 22 años.

—

En un rincón de un monte un rancho apoyado á un talud. A lo lejos, por una quiebra de la montaña, en vista panorámica, la cinta topográfica de un río riela sus aguas al sol; más lejos un pueblo; luego la llanura se extiende hasta formar horizonte. Un árbol da su sombra al rancho. Al pie del árbol, el sol ardiente que filtra sus rayos á través de las hojas hace estallar en sangre una rosa roja de un rosal pobre en un tiesto.

PEDRO y FIDELIA miran hacia el camino que bordea el monte. En ambos hay ansiedad de espera.

—

PEDRO EL VIEJO.—No viene.

FIDELIA.—No viene, no viene; sin embargo, allá abajo, muy lejos, no ves algo?

PEDRO.—Nó, no veo nada. La vuelta aquélla oculta el lugar que enseñas. (Mirando al cielo con la mano sobre los ojos). Son las cuatro.

FIDELIA.—Ha debido venir esta mañana.

PEDRO.—Ha tardado mucho.

FIDELIA.—Anoche no podía venir; llovió mucho. Rodaban unas piedras montaña abajo.....muy grandes, muy grandes. Sonaban mucho.

PEDRO.—La creciente del río se oía hasta aquí.

FIDELIA.—Crece mucho y no deja pasar á nadie, pero ya él ha debido pasar.



Museo del Louvre - A. CANALETTO: Venecia

PEDRO.—¿Ves algo, Fidelia?

FIDELIA.—Nó, nó, nada veo. Sí, sí veo, allá abajo viene, más arriba del rancho de mi tía. Sube muy rápido, cómo sube, cómo sube. Debe de venir cansado.

PEDRO.—Lo espero porque algo debe traerme.

FIDELIA.—¿Te trae algo? Yo lo espero porque algo tengo que decirle.

PEDRO.—Me trae algo para ti. Cumples hoy 18 años y quiero hacerte un regalo.

FIDELIA.—¿Qué será? ¿Cintas y un vestido?

PEDRO.—Sí, sí, cintas, un vestido, morado con pintas blancas.

FIDELIA.—Cintas! Un vestido! ¿Padre, cuándo me deja ir al pueblo?

PEDRO.—No sé, no sé. Morado con pintas blancas ...

FIDELIA.—¿Padre, por qué le gusta tánto á usted ese color?

PEDRO.—Por qué me gusta? Ella se vestía así.

FIDELIA.—Ella? Ella? Ah, mi madre.

PEDRO.—Sí, sí, sí, la blanca. Era blanca, blanca y bonita como tú.

FIDELIA.—¿Era blanca? ¿Dónde está?

PEDRO.—No sé, debe de estar allí detrás de la iglesia. Allá se ve la torre. (Un recuerdo ilumina su cara enjuta). Ella, la blanca, fue mía. Vestía de ese color. La blanca, tu madre, me quiso á mí, al indio. Ah, la guerra! la guerra! Fue después de una pelea que la conocí. Tenía allá en su casa del pueblo, un patio con muchos rosales como ése, como ese nó, eran mejores, eran muy lindas aquellas flores.

FIDELIA.—¿Tenía muchos rosales el patio? Sería muy grande. ¿Había muchas rosas, muchas? Esa abrió anoche con la otra que tengo para.....

PEDRO.—Luis Santiago ya viene. Míralo!

FIDELIA.—Ya está cerca. Trae un bulto muy grande, muy grande. Lo espero para enseñarle mi rosa, mis rosas.

PEDRO.—Aquellas rosas no eran rojas; eran pálidas pero más lindas.

FIDELIA.—Por fin llega Luis Santiago.

PEDRO.—Las cabras han estado solas todo el día.

FIDELIA.—No padre, yo las fuí á ver, yo las cuidé.

PEDRO.—Tú!

FIDELIA.—Quería ver la Blanca, la cabra que tánto quiere él.

PEDRO.—El, él... ¿Para qué quisiste ver la blanca?

FIDELIA.—Para nada, para nada, para una tontería. Quería ver cómo estaría la cabrita con una de las rosas al cuello. Con la otra, con la que abrió anoche con ésa. Quería ver cómo quedaba la Blanca con la rosa.....

PEDRO.—¿Para qué eso?

FIDELIA.—No sé, por ver.

PEDRO.—Ya está aquí. Ya está más cerca.

FIDELIA.—Yo lo ví la primera, lo ví allá abajo, en la vuelta del peñón.

PEDRO.—¿Tú lo viste la primera, y qué importa eso?

FIDELIA.—Nó, no importa pero lo ví la primera. Vendrá por el cedro.

PEDRO.—Nó, nó, nó, ya está allí. Míralo!

FIDELIA.—Trae un bulto grande y trae en él para mí un regalo, pobre, vendrá cansado.

PEDRO.—Los hombres no se cansan por tan poca cosa.

FIDELIA.—Sin embargo, el bulto pesa.

PEDRO.—(Como respondiéndose á un secreto sentimiento que le sube á los ojos, que se exterioriza en miradas que son llamas). Hoy tiene 18 años, no será de nadie, no será de nadie.

FIDELIA.—Ya está aquí.

LUIS SANTIAGO—(entrando). *En sus grandes ojos trae una alegría y una risa en su boca. Viene fatigado, respira fuerte. Poniendo el bulto en el suelo.* —Vaya que es larga la subida. (Se ríe).

FIDELIA.—Yo te ví cuando venías allá abajo, en la primera vuelta.

LUIS SANTIAGO.—No puede ser, que pasé la noche en el rancho de madre.

FIDELIA.—Es que también te ví, cuando venías más arriba del rancho.

LUIS SANTIAGO.—Entonces fue cuando salí.

PEDRO.—¿Qué hacías allí?

LUIS SANTIAGO.—El mal camino no me dejó pasar anoche, tuve miedo á las piedras que rodaban.

FIDELIA.—Eran muy grandes, yo las oí rodar, yo las oí rodar.

PEDRO.—Esta mañana no rodaban.

FIDELIA.—Sí, sí, rodaban todavía, yo sentí una.

PEDRO.—No rodaban. Bueno, á ver lo que traes?

LUIS SANTIAGO.—(Desatando el bulto, sacando uno envuelto en muchos papeles). Aquí está lo que me pidió.

FIDELIA.—Ah! mi vestido.

PEDRO.—Toma, Fidelia, toma. Las provisiones hay que guardarlas. Dame, Luis Santiago.

LUIS SANTIAGO.—Espere un momento, que tengo que sacar una cosa que le traigo á Fidelia.

PEDRO.—Regalos!

FIDELIA.—Un regalo!

LUIS SANTIAGO.—También yo; acaso no tengo derecho? (Se ríe).

PEDRO.—Bueno, bueno, despacha ligero, que las cabras han estado solas todo el día. Da acá el saco. (Entra en el rancho con el saco).

LUIS SANTIAGO.—Fidelia, las cabras han estado solas todo el día?

FIDELIA.—No han estado, no han estado. Yo las he ido á ver. A la Blanca sobre todo.

LUIS SANTIAGO.—De veras, Fidelia?

FIDELIA.—Sí; pero dime, qué me trajiste?

LUIS SANTIAGO.—Nada, nada, una tontería. (Le da una caja pequeña que había sacado del bulto.)

FIDELIA.—Las argollas, las argollas que te dije el otro día que querría tener! Si pudiera ir al pueblo, aunque fuera en un día de fiesta, aunque fuera á la iglesia en un día de fiesta: pero padre no me deja.

LUIS SANTIAGO.—No te deja, no te deja. Quizás de ahora en adelante te deje. (Se ríe).

FIDELIA.—¿Por qué? ¿Por qué?

LUIS SANTIAGO.—Quién sabe, quién sabe?

FIDELIA.—Mira Luis Santiago, una de las rosas abrió anoche. Pensaba en ti toda la noche. Quería que la vieras. Te he estado aguardando toda la noche, toda la mañana. A ti es el único á quien puedo enseñárselas.

LUIS SANTIAGO.—Pero eran dos los botones. ¿Dónde está la otra rosa?

FIDELIA.—Tú lo verás, tú verás dónde está. Yo misma te la traeré. Pero acércate, acércate. Es muy roja, muy roja y muy pobre este rosal. ¿Por qué será que aquí arriba es todo triste, hasta los rosales?

LUIS SANTIAGO.—Los dos lo cuidaremos y tú verás cuántas rosas tendrás.

FIDELIA.—Acércate, pero acércate, que la rosa es muy linda aunque sea pobre el rosal.

Luis Santiago se acerca al rosal. Ambos delante del rosal florido, ambos hermosos, son frescas flores de juventud. El sol declinante de la montaña alumbra con su rayo sesgo, filtrándose por entre las hojas del árbol, aquellas tres primaveras: los dos jóvenes y la rosa.

LUIS SANTIAGO.—Qué linda es!

FIDELIA.—Muy linda, muy linda.

LUIS SANTIAGO.—¿Y la otra, la que era botón, compañera de ésta?

FIDELIA.—No te diré, Luis Santiago.

LUIS SANTIAGO.—¿Dónde está?

FIDELIA.—Luis Santiago, no has ido á ver las cabras, han estado solas todo el día.

LUIS SANTIAGO.—¿Pero tú no fuiste á verlas?

FIDELIA.—Sí, sí, pero un momento, sólo un momento.

LUIS SANTIAGO.—Pobre Blanca, debe de estar triste.

FIDELIA.—Qué va á estar triste!

LUIS SANTIAGO.—Yo las quiero mucho. Mira, Fidelia, yo las quiero tánto como tú á tus rosas. Tu rosal te ha dado dos rosas; á mí la Melliza,—á mí nó, á tu padre,—pero como si fuera á mí, no me ha dado sino una sola cabrita, la Blanca, pero á ésa la quiero yo mucho, tánto como tú á tu rosal, tú á tus dos rosas.

FIDELIA.—¿Tú conociste á tu padre, Luis Santiago?

LUIS SANTIAGO.—¿Por qué lo preguntas? Nó, no lo conocí.

FIDELIA.—¿Sería pastor de cabras como tú? ¿Las querría mucho?

LUIS SANTIAGO.—No sé, no sé ¿Por qué?

FIDELIA.—Mi padre siempre me dice, que mi madre tenía un patio lleno de rosales. Tenía un patio muy grande con muchas rosas, dice que pálidas, no rojas. Cómo sería bonito esto si hubiera muchos rosales. Sí que se darían rosas, serían pálidas, serían blancas, rojas, tendría de todos colores. Qué bonito sería esto, si aquí delante del rancho, sembráramos muchas rosas. Aquí ó allí detrás, detrás de aquella vuelta. Tendría de todos colores, no serían sólo pálidas como las del patio de mi madre.

LUIS SANTIAGO.—¿Era blanca tu madre?

FIDELIA.—Era blanca y muy linda, así dice mi padre.

LUIS SANTIAGO.—Blanca y linda como tú.

FIDELIA.—Luis Santiago!.....

LUIS SANTIAGO.—Oye, Fidelia. Mi madre allá abajo en el rancho, me decía.... Por eso tardé tánto en venir.....

FIDELIA.—Tardaste mucho en venir. Las cabras están solas.

LUIS SANTIAGO.—Mi madre me decía.....

FIDELIA.—Las cabras están solas. La otra rosa tú verás dónde está, tú verás donde está, tú verás.

LUIS SANTIAGO.—Fidelia....Fidelia...

FIDELIA.—Allí sale mi padre. Si tú no vienes á ver las cabras yo iré. Yo voy. Voy á ver la blanca que tú no has ido á ver. Ya verás dónde está la otra rosa. (Salta como una cabra y trepa por el sendero del talud. Desaparece ligera).

Pedro ha salido ya del rancho, se acerca á Luis Santiago.

PEDRO.—¿Qué tánto conversabas con Fidelia?

LUIS SANTIAGO.—Nada, nada, tonterías.

PEDRO.—¿Qué te decía ella?

LUIS SANTIAGO.—Nada, hablábamos de las rosas.

PEDRO.—¿Por qué no has ido á ver las cabras?

LUIS SANTIAGO.—Ya voy. Ya voy. Allá está Fidelia.

PEDRO.—No vayas entonces, quédate.

LUIS SANTIAGO.—¿Por qué?

PEDRO.—Quédate. No vayas. Tú sabes que Fidelia cumple hoy los 18 años.

LUIS SANTIAGO.—Yo le traje unas argollas. Dijo el otro día que quería unas argollas.

PEDRO.—Fidelia cumple hoy sus 18 años, es blanca y linda como su madre.

LUIS SANTIAGO.—Es blanca y linda, muy linda.

PEDRO.—¿Por qué dices muy linda?

LUIS SANTIAGO.—Es que lo es..... Oiga Pedro, mi madre, allá abajo en el rancho donde pasé la noche, me decía, me decía algo que he estado cavilando mucho, cavilando mucho. Por eso tardé tánto. Yo no le tengo miedo á las piedras que ruedan por la montaña. Me decía algo que debía yo decirle antes á Fidelia; pero antes de decírselo se ha ido allá arriba. Y yo he de seguir lo que me decía mi madre. He de hablar con usted antes que con ella.

PEDRO, (*que ha oído con atención creciente*).—Y qué es, qué es?

LUIS SANTIAGO.—Nada, nada, sino que mi madre me ha dicho que como usted y ella eran hermanos, que yo era bueno, que había trabajado con us-

ted desde pequeño y que como me había criado junto con Fidelia, sería bueno, sería bueno, que se la pidiera á usted y entonces nos casaríamos allá abajo, en la iglesia del pueblo, antes que venga otro hombre cualquiera y se la lleve.

PEDRO.—Se la lleve un hombre? A Fidelia? Fidelia es blanca y muy linda, te has fijado? Muy blanca y muy linda.

LUIS SANTIAGO.—Sí, sí, blanca, pero hija de usted.

PEDRO.—Su madre era blanca, más blanca que todas y me quiso á mí solo.

LUIS SANTIAGO.—Bueno, pero si Fidelia me quisiera á mí?

PEDRO.—Ella te lo ha dicho?

LUIS SANTIAGO.—Nó.

PEDRO.—Y entonces?

LUIS SANTIAGO.—Pero puede quererme. Nos hemos criado juntos. Por qué no va á quererme? Mi madre es hermana de usted.

PEDRO.—No importa; pero ella es blanca como su madre.

LUIS SANTIAGO.—Pero usted me la niega? Me dice que nó?

PEDRO.—Oye, Luis Santiago, deja eso. Fidelia está muy joven todavía; deja eso; mire que tu madre meterte eso dentro de la cabeza.

LUIS SANTIAGO.—Si no lo hubiera hecho ella, hubiera entrado solo; para mí que ya estaba adentro.

PEDRO, (*caminando hacia el sendero que bordea la montaña*).—Deja eso, Luis Santiago, deja eso.

LUIS SANTIAGO.—Es que vendrá otro quizá.

PEDRO, (*exasperado y deteniéndose*).—No vendrá nadie, no vendrá nadie. Fidelia es mi hija.

LUIS SANTIAGO.—Es que puede venir otro y por fuerza será lo que usted no quiere por las buenas.

PEDRO, (*que ha desandado todo el camino hecho.*)—Por fuerza, por fuerza?

LUIS SANTIAGO, (*desafiándolo*).—Sí, por fuerza, hasta yo mismo.

PEDRO.—Tú mismo, dices? Por fuerza tú?

LUIS SANTIAGO.—Por fuerza, por fuerza.

PEDRO, (*se aleja conteniéndose*).—Deja esa idea, deja esa idea. (*Camina apresurado, pero luego se pára convulso de ira*).

LUIS SANTIAGO.—Será por fuerza, será por fuerza, si no quiere por las buenas, Pedro.

PEDRO, (*ya no se contiene, se lanza sobre Luis Santiago, que está desprevenido, lo acogota y lo tumba*).—Oye, por fuerza, por fuerza, Fidelia es mía, es blanca como su madre. No será nunca de ningún hombre mientras yo viva. Si no es ella, si no es Fidelia.....Es la misma blanca que me quiso á mí.

LUIS SANTIAGO, (*revolcándose bajo la fuerza convulsa del viejo*).—Será por fuerza, será por fuerza.

Pedro, que casi lo había soltado, al oír estas palabras, lo sacude con fuerza, le pone la rodilla sobre el pecho y aprieta hasta casi ahogarle. Luis Santiago se revuelve en un esfuerzo supremo bajo la presión del viejo. Sale sangre por su boca. Por el sendero del talud aparece Fidelia, trae en sus brazos la cabrita tierna y blanca. Sobre su pelaje luce como una mancha de sangre una rosa amarrada con una cinta al cuello. Fidelia al ver la lucha baja apresurada, suelta la cabrita.



Museo del Louvre—GREUZE: La Lechera

FIDELIA.—Padre, padre, Luis Santiago! ¿qué es, qué es?

Pedro al oír la voz de Fidelia se levanta y camina con paso rápido hasta desaparecer por el sendero.

FIDELIA, (*acercándose al sitio donde está Luis Santiago tendido*).—Luis Santiago, qué es, qué ha sido?

LUIS SANTIAGO.—Ay, que me muero.

FIDELIA.—Qué es, Luis Santiago? Por qué fue?

LUIS SANTIAGO.—Ay, tengo sangre en la boca. Por nada, por nada, porque le dije que te quería.

La cabra que soltó Fidelia al acercarse á Luis Santiago, se ha quedado, junto al rosal, como extática.

FIDELIA.—Que me querías, que me querías?...

LUIS SANTIAGO.—Tiene mucha fuerza.

FIDELIA.—Que me querías? A mí, Luis Santiago?

LUIS SANTIAGO.—Ay, á ti, Fidelia, á ti.

FIDELIA, (*inclinándose sobre Luis Santiago, limpia con mimo de madre la sangre que corre de su boca.*)—Te ha hecho mucho daño? Levántate, levántate.

LUIS SANTIAGO.—Ay, me cogió desprevenido!

FIDELIA.—Levántate. Es para que mires á la Blanca. Para ti la he traído. Mírala junto al rosal, está como asustada.

LUIS SANTIAGO.—Ay, no puedo, me duele el pecho.

FIDELIA.—Pero por qué fue?

LUIS SANTIAGO.—Porque le dije que te quería.

FIDELIA.—Que me querías, que me querías?

Luis Santiago se desmaya. Fidelia, enjugando con mano experta la sangre que mana de la boca del caído y luego atisbando hacia el camino, con miedo de ser vista, de ser sentida del mismo Luis Santiago, se baja muy quedo y lo besa en la boca.

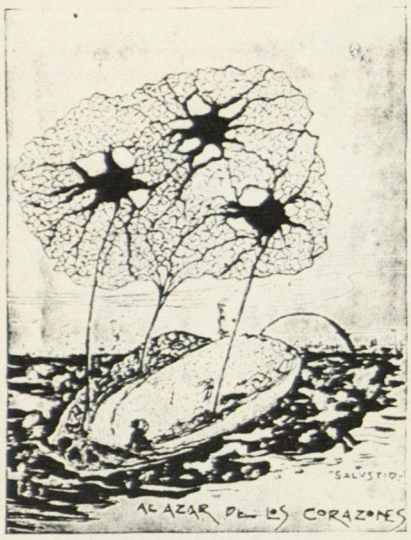
—Le dijo que me quería, me quería!...

Cuando se levanta tiene una mancha de sangre en la boca, otra rosa.

JULIO PLANCHART.

1909.

DIGITAL UCAB



AL AZAR DE LOS CORAZONES

—

El amor entró un día en mi corazón y se hizo una cabaña. Encendió el hogar y mi corazón empezó á sentir una exquisita tibieza. Conocí la primera mujer; porque, aunque á la verdad había pasado con otras algunos ratos de la vida, hasta allí no había conocido verdaderamente á ninguna. ¿Qué tenía, pues, aquella mujer para hacerse conocer de ese modo? Era que se daba toda ella en el alma, profundamente. Yo no había visto antes otra alma; ó si creí haberla visto, me había engañado sencillamente; porque mi corazón había permanecido sordo y triste hasta aquel momento en que el amor entró en él y se hizo una cabaña.

Las demás mujeres que yo había conocido habían logrado tan sólo darme un placer pasajero y un tanto dudoso, con sus sonrisas que no encerraban nada de hondamente sincero y sus miradas que no tenían nada de espontáneo, sino únicamente una coquetería de pasatiempo. Pero aquélla, aquélla no sé por qué ponía tan divinamente su alma en sus caricias. No sé si el alma se le salía, sin poderlo remediar, á la superficie del sér, como los lotos de las piscinas; ó si esperaba uno en quién poner toda entera su alma, un tanto cálida, que se derrumbaba de ternura, como un gajo pueril en busca de arrimo y de sustento, ó si me daba á probar su alma porque la tenía dispuesta para mí, en el cerco de las pupilas joviales ó en el filo de los labios ardientes. No sé! Ignoro también cómo mis pasos me llevaron suavemente hacia ella; lo cual nada tiene de extraño, por otra parte, porque en la vida casi nunca sabemos el motivo de nuestros mejores pasos ni la razón de nuestros éxitos más estupendos; y si creemos penetrarlos, las más veces nos engañamos; y si no andamos de maravilla en maravilla y de sorpresa en sorpresa, es que ha muerto nuestra ingenuidad y hemos perdido el sano y jovial entusiasmo por los hechos sencillos...

Yo sonreí, pues, tristemente, sobre el rostro de aquella mujer. Tristemente, pues que el temor de no hallarla tal vez dispuesta para amarme, contristaba mi gozo como un ácido descolora una tinta. Pero ella sonrió alegremente á mi reclamo, tan alegremente, que su sonrisa llenó mis pupilas de una frescura primaveral. Su sonrisa, de exquisita claridad, disipó todas mis sombras, entibió mi alma como un rayo de sol y entonces apuntó en mi pecho un brote de esperanza. Yo me proporcionaba, desde luego, la primera embriaguez de alma, la cual no se conoce bien hasta el momento de sorberla toda entera, ávidamente.

Recordé entonces las mujeres á cuyo lado había pasado, todas aquellas mujeres, á las que había detenido antes en los caminos del amor, para cambiar frías caricias, y sentí la pesadumbre de las embriagueces propincuas que había perdido en cada una, por no saber ir con pasos propios hasta el fondo de sus almas... Mas, todo remordimiento se disipó ligeramente en mí al pensar que aquellas mujeres tal vez no tenían el alma tan cálida como ésta, ó la tenían tal vez para otros amadores.

Ella me descubrió su vida. Era triste y era pobre, como la de todos los seres sencillos; aunque en sus labios adquiría un dulce encanto que la enriquecía, porque ella daba á sus palabras un acento de arrullo que la hacía semejante á una paloma... Iba sin rumbo, como van tantas gentes por la vida; desde mucho tiempo atrás venía así, sin rumbo. Regularmente se anda de esta manera más de lo que se cree, y muchos seres que han creído seguir una vía cierta, toda su vida, y que se han trazado un camino fijo, ya al tiempo de dormirse en la muerte, se sobrecogen de asombro, no sabiendo por qué ni para qué han vivido. Les embarga el sentimiento de la duda, dudan hasta de sí mismos, y mueren pensando que hay otras sendas que ellos no han conocido, que ya no tienen tiempo de experimentar—acaso tan inútiles!—después de no haber vivido sino en la confianza de una senda única é invariable. Nada peor, por esto, como forjarse una ruta ciega, nada tan propio para perder la vida como trazarse un camino fijo, porque la Vida tiene en cada crucero de su campo una maravilla imprevista...

Aquella mujer andaba aventureramente como una semilla loca, engarzando su alma en los corazones para florecer. Muchos trabajos debía pasar, sin duda, porque no todos los corazones son asidero hospitalario. Por esto su alma había sufrido ya algunos desgarramientos, no obstante lo cual se conservaba siempre blanda y amante.

Su vida no podía ser apreciada de muchas gentes, por cierto... Porque era una vida «loca». Errabunda, sin rumbo fijo, ella pasaba por la vida mariposeando, como una libélula sobre un jardín refrescado por la lluvia, con la blanca sonrisa de los labios rebrillando bajo la negra sonrisa de los ojos, que atraían como el mal. Esa vida, pues, no es amada generalmente por las gentes, que gustan en su mayor parte de encerrarse dentro de la seguridad de sus guaridas y esquivar las sendas locas, por no transitar sino los caminos discretamente conocidos, en donde pululan, temiéndose y guardándose al mismo tiempo unos á otros, lejos del alegre bohemianismo de los pocos.

Yo pasé largas veladas al lado de aquella mujer, aspirando el perfume de sus cabellos desatados, que eran resbalosos como una anguila. Vi reflejarse, pálidamente, en sus mejillas, puestas de sol que encendían sus pupilas como pequeñas hornallas bermejas. Desperté matinales besos sobre sus labios esquivos, mientras que los pájaros se saludaban en la enramada con alegres gorjeos entumecidos. Todo un horario del amor, en que conocí íntimamente el secreto de su vida, y en que su alma estaba siempre puesta en mí, rendidamente.

Yo pensaba en la dicha inmensa de poseer un alma, dicha que no sé si todos sabrán gustar, pero que no se satisface nunca lo bastante y es siempre nueva y divina. También ignoro si todas las mujeres poseen el secreto inefable de mantener el alma sobrenadando á flor de superficie, donde se pueda gozar sin medida, bien en el filo ardiente de los suaves labios encendidos de beso, ó bien en el cerco de las pequeñas pupilas sonreídas de amor. Lo ignoro! Aquellos no igualaban para mí otros amores, ni tenían precedentes parecidos; es necesario confesarlo, aunque las pobres palabras no respondan intensamente al completo deseo de dar á conocer á las gentes el supremo placer de poseer un alma.

Algunas veces me preocupaba, es verdad, del porvenir, sorbiendo un presente tan regocijado, porque pensaba con temor en el final de aquella primavera del corazón. Pero, por pocos momentos que yo dedicase á los pensamientos más ajenos y sombríos, á poco me recobraba enteramente la pasión y el contento de ella. Porque la mujer sonreía siempre y su sonrisa disipaba las nubes de mis obscuros recelos. ¡No conozco cosa que haga tanta claridad en el alma como la exquisita sonrisa de una mujer; su claridad llega hasta el fondo de los pensamientos más negros y enciende en ellos la alegría! Y aquella mujer sonreía siempre, con la malicia procaz de sus pupilas viperinas y con el arco fugitivo de sus dos labios bermejos... Su mirada y su boca eran un vino para mí. Ninguna me había sonreído como aquélla; ninguna me había mirado como aquélla, porque ninguna, que yo supiese, ponía su alma en su sonrisa; porque ninguna, que yo supiese, ponía su alma en su mirada. Todo el encanto de aquella mujer era un problema de alma.

Aunque era una semilla loca, una aventurera, que marchaba sin rumbo, sembrando pasiones al azar de los corazones, yo llegué á pensar, sin embargo, que tal dicha podía durarme toda la vida; porque mi corazón se había hecho de tal manera tan dulce refugio para el suyo que, á mi ver, ella difícilmente podía abandonarme sin pena. A lo menos, así lo pensaba yo, excesivamente regocijado. Los hombres, además, pierden cada día un grado



TIPOS DE ARGELIA - Músico arabe

más de su entusiasmo por las cosas blandas y triviales que hacen la delicia de los seres ilusionados y ensoñativos á los cuales pertenezco; y aquella alma era una cosa tan encantadoramente trivial que sólo podía embriagar á un sér ilusionado, los cuales se encuentran poco en los caminos de la vida. Así, pues, yo creía, orgullosamente, que ella no podría abandonarme más. Y seguía disfrutando con alegría el horario de aquel arrobamiento de amor, inclinado sobre aquella alma florida, del alba al crepúsculo, y durante las largas veladas que pasábamos febrilmente enamorados.

Pero como ella era una mariposa de corazones, se dispuso á abandonarme también. Vi aún el último ocaso, pálidamente reflejado en sus mejillas, encender lágrimas en sus ojos, á la proximidad de la partida inminente. No daba crédito á aquella separación, aunque las lágrimas dan siempre que pensar en la gravedad de los casos de amor. Y á la mañana siguiente, gusté el último sorbo de sus labios con un pesar inconsolable. Pero puesto que era forzoso separarnos, nos prometimos admirar la sabiduría de la vida, que mantiene el halago de las cosas, desatando el lazo de las almas, desapareciendo los objetos de seducción y encendiendo en los pechos el recuerdo, como la luz de un fanal pálido; nos prometimos admirar el encanto de la añoranza, como nuevo motivo de placer comparable al placer mismo, cuya felicidad estaba para extinguirse. Y, sonriendo siempre, al fin nos separamos.

Yo puse un beso aún en el extremo de mis dedos glaciados, que apenas sintieron el encendimiento de los labios, y lo envié, con suave impulso, á la que se alejaba, fastuosamente bañada por la luz de un día espléndido. Ella batía su pañuelo...

Se marchó, sin que pasase nada trágico; yo no la volví á ver más en la vida; se marchó y mi corazón quedó de nuevo triste y solo, quizás hasta el tropiezo de otra alma. Este hecho sencillo, en verdad, no tiene importancia ninguna... Pero hay siempre interés en conocer un alma.

JULIO ROSALES.

De «Caminos Muertos»

LA PENA MORBIDA

IV

A Pedro Emilio Coll.

Al percatarse de que en el portón ya estaban despidiéndose, en lugar de encontrarlos, torció rumbo á esconderse en el cercano cujisal, con despecho untado de lágrimas. Orillando el cercado, el camino á la playa por donde se embarcarían iba en dirección al oeste cruzando el principal de la ciudad. A pocos pasos de Rodulfo desfilaron los viajeros, bulliciosos y alegres.

Anonadado se quedó por instantes. —«Estaba visto que á la vida había llegado con la marca de un funesto destino. ¿Qué juventud era la suya? Mariposa de alas torpes quemándose en llamas de ilusiones embusteras! ... Peso ominoso, como joroba tremenda, le estorbaba la marcha de su primera existencia... Dios mío! Era para él espada de dos filos la vida...¿No se había hecho para él el amor?...Otros poseían novias lindas y él nó...Por qué?»

La crisis le sacudía, comprimiéndole el pecho, haciéndole vibrar las sienes, extraviar la imaginación. En las fibras íntimas parecíale sentir, como una tenaza que las desgarrara, el dolor. Quiso huir, de pronto, como un desatentado, del lugar tenebroso, de la vista de la casa en que se había desarrollado su simpleza de ansias y desesperanzas. La casa antes bullente le aparecía desolada como un cementerio. El aire frío de la noche que susurraba entre las ramas traía emanaciones húmedas, anunciando lluvia. La luz que brillaba en la sala se distinguía á través del patio frondoso.

Largos minutos se estuvo, los ojos y la mente fijos en la casa ahora desolada y triste. Tras el ímpetu incongruente, el marasmo henchido de huecas quejumbres se le disolvió en lloro y puso en vez de la brasa del delirio un debilitamiento melancólico. Sosegado, consideró la situación.

De superficiales y divagantes imágenes zurcía las ideas, y con ellas trataba inconcientemente de velar los primordiales instintos que se dispersaban en anhelos cobardes. Cuando llegó á su casa, á horas en que la familia no se había recogido aún, fue tomado de un arrepentimiento de ternura, considerando que su despego al hogar no tenía razón de ser. «Hacía ya dos años que vivía en perenne inquietud, y todo, de seguro, por eso. La felicidad si estaba en los hábitos antiguos, cuando no tenía más desvelo que el estudio. Entonces manteníase dichoso de veras, alimentándose con la fe y la esperanza de los triunfos. Era la gloria de los deberes cumplidos. Hoy, desde que conocía á Cristina...»

Examinaba de pronto, preocupado, su desazón por la amiga ausente:—«El cariño cálido, no podía ser un enamoramiento encubierto?... Mejor no sería romperlo?...» Y engolfándose en el afán platónico :--«Por qué, ên último caso, no contárselo á ella misma con toda franqueza? Tan benévolamente propicia que era... Entre seria y jocosa, le había dicho nada menos-una ocasión, ella: «No ser yo madre tuya, ó ... no tener quince años!...»

Y le resucitaba de nuevo la embriaguez. —«Supremo egoismo sería huir de ella... ¿Acaso no estaría predestinada Cristina á ser su ideal, explotándola riquezas de amor, amor de madre, de novia, de hermana?...»

Por el estilo zurcía ó desbaratada las ideas, de superficiales y tuertas imágenes, haciendo por velar los instintos primordiales que se dispersaban en anhelos cobardes. Los soñares que desde muy niño le extasiaron en el lecho, cuando á la media noche ó con la frescura de las madrugadas alimentaba al calor de las sábanas revueltas idílicos ensueños, se despertaban abstrusos y variados. En la cosecha de excesos del abonado terreno de aquella juventud y en la cual colaboró la educación dirigida por la inevitable ignorancia, brotaban—flores morbosas—los inseguros romanticismos con que la informe virilidad se expresaba en los umbrales de la vida.

*

--«Imposible atender al estudio. Ya ni leía los libros favoritos, que por su noble dulzura de belleza, le confortaban espiritualmente. Y en la calle, ¿á qué iba sino á encontrarse con ineptos é imbéciles? Sí, con imbéciles!...»

Sosteniendo el monólogo, se paseaba nerviosamente, accionando como si discutiera con un invisible interlocutor. Se le atropellaban las frases y le brotaban truncas, disparatadas. Desde la puerta aspiraba el aire nocturno, ó volviéndose, bajo la nerviosa efervescencia, tomaba la pluma. Sin pensar, dábase á escribir versos. Trastrocadas imágenes, adjetivos é hipérboles se enredaban siguiendo el entrevisto consonante, pugnando por expresar voliciones de generosidad y candidez, al mismo tiempo que de lírica rebeldía. Efectivamente, empeñábase en interpretar los turbios estados del alma, pero á tientas, en laberinto de palabras, escogiéndolas por instinto enrevesado, juntándolas por extrañas urdimbres, en que él propio no comprendía exactamente nada y en cuyo ritmo creía hallar aparentes significaciones de «su sentir recóndito». Pronto se fatigaba del alocado ejercicio, echaba á un lado la cuartilla y parecía revestirse un momento de completa serenidad.

«Aquella noche, como tántas otras, le atormentaría no saber qué hacer ni qué pensar con precisión.—Pasarían las horas en medio de la batalla del espíritu por conquistar una distracción cualquiera. ¿Cómo rebuscar mejor la manera de entretener el ocio sentimental que le bullía en las sienes y en los latidos del pecho?... Soñaría tan sólo, ya que no podía trabajar? En fin, el sueño era también un trabajo. Se sueña esperando una revelación: cuando se pretende forjar sobre la fragua del anhelo la esperanza que perseguimos: la felicidad próxima, la ilusión franca de quien aspira á tener fuerza de bondad suficiente para amar sin desconsuelo ni cansancio : pensamiento de labor por el bién propio, hasta por la dicha de los demás...»

Y Rodulfo sacaba la silla al patio, de donde se veía el cielo ataviado profusamente, y se ponía á contemplar, con una serenidad de suave descanso, las estrellas innumerables.

*

Al abrir la ventana, penetrantes olores á tierra fresca y húmeda le recordaron la lluvia perenne de la noche. Vistióse apresuradamente para gozar la esplendidez de la mañana. La brisa prodigaba fragancia de ramas verdes, sacudiendo sobre la yerba una nueva lluvia de rocío. El influjo de la naturaleza virgen y fecunda respiraba por las flores recién abiertas. Sobre la cuesta del cerro, como breve línea de oro salpicada de diamantes, se alzaba la pestaña luminosa del sol.

Rodulfo sentía que le entraba por los poros la ternura campestre. El alma le había amanecido en primavera: se extasiaba en optimistas divagaciones.— «Hacía ya días que venía recobrando salud y tranquilidad. Era natural. No como antes las malbarataba por las calles en jolgorios, ni se atormentaba con exasperaciones insulsas. Era natural. La inercia de la fantasía ociosa fue sin duda la generadora de las neurosis, de los tormentos inexcusables. Ahora, había vuelto á tomar los libros. Confianza tenía en salir adelante trabajando en soledad y silencio, lejos de bullas y romanticismos vulgares, hallando en la fatiga del trabajo goce de recompensa, perseverando...»

Risueñas filosofías asomaban entre sus pensamientos en fresco tropel. —«Por qué no ser siempre la juventud paganamente alegre y entusiasta; ser una pura religión de amor la redentora de la vida desconfiada y quejosa? Un elevado misticismo, ofrenda de incienso en altar de divina belleza, sería el nephente de las almas. La juventud, devotamente consagrada á la casta naturaleza, repujaría joya de ilusión perdurable. Se amaría más que nunca; pero la caritativa adoración habría de ser homenaje cándido á la forma voluptuosa y triunfal. Misticamente sensuales, besarían los labios con suavidad cristalina, y vírgenes brisas serían los besos al sacudir con levedad sedosos pétalos de bocas, sin robarles ni un hálito suave; antes produciendo en el grácil contacto doble frescura victoriosa...»

El aurino resplandor que empezó sonrojando las lomas opuestas, derramábase ya como ancho arroyo fúlgido sobre el huerto verdecido. La frescura del aire venía más cálida, diluyendo la evaporación de la tierra fragante. Piaban bullosamente pajarillos entre los ramales ó saltaban alegres sobre la yerba. Y las ideas de superficiales y divagantes imágenes que velaban el primordial instinto, se le dispersaban á Rodulfo en refrescantes anhelos, vestidas con el velo de ilusión que la primavera ponía en los seres y las cosas aquella mañana de abril.

*

De nuevo el fastidio atábalo á un potro de tormento. Con la noche le venían la nostalgia y hastío que lo impulsaban á la calle. Y entre tanto, los libros continuaban cerrados. De las once en adelante, si acaso, escribía en ejercicio lírico páginas gemebundas en que narraba recuerdos de amor, cristalizándose en cláusulas alambicadas el eterno sentimiento agitado en su espíritu como en el légamo una broza. Su ocupación favorita llegó á ser otra vez el vagar sin objeto por las calles, y no pasó mucho sin que sus deberes más comunes se resintieran. No venía ya por las noches á su casa á la hora puntual. Y si primero se excusó banalmente, ya era la defensa innecesaria. Ante la tímida advertencia de los



TIPOS DE ARGELIA - Morisca

padres se exaltaba, empeñándose en tildar de infundados los temores de aquéllos. La propia mansedumbre con que le avisaban le producía indignación: «Se imaginaban que era un estúpido para dejarse llevar por cualquier callejero vicioso?» Y en la excitación llegaba hasta á ser ofensivo con los pobres ancianos que en silencio sufrían.

«—No se le veía estudiando como antes! Y cómo afirmaban que ahora no hacía lo mismo con parsimonia de esfuerzos inútiles? Que los versos no dejaban ninguna ganancia y que los rimadores no tenían muchas veces porvenir sino en el vicio funesto?—Era verdad, pero eso sería con los imbéciles, con la mayoría de los que se empeñaban en pulsar liras en aquel terruño, eunucos del pensamiento y de la poesía; los escritores inútiles, todos, casi todos los consagrados por la fama en su tierra!...»

Pero á ratos, meditando en que su vida continuaba alocadamente, súbito desaliento lo invadía:—«Serían en verdad vacíos todos sus ensueños de trabajo y virtudes?... ¿Estaría destinado como una veleta, á ser continuamente presa del capricho de los vientos?... Aquel correr de su vida desordenada, con todas sus vaguedades y exaltaciones, de sueños fervorosos y vanos, aquel correr alocado, á dónde iría á estrellarse?—» Y entonces parecíale que todas sus ilusiones, para él tan nobles y justas, le pesaban como un fardo innecesario, como un fardo que le ocupaba sin cesar las manos, y que con las manos atadas marchaba, desgastando su juventud.

ALEJANDRO FUENMAYOR.

PASCUA DE FLORES

—

Espíritu que abrevas
tus ansias infinitas de paz y de consuelo
en el aroma puro que dan las rosas nuevas
erguidas en su planta para mirar el cielo,

vamos al campo alegre, ya está de fiesta mayo;
sus vuelos migratorios emprenden las palomas;
espíritu, retorna de tu letal desmayo,
ya todos los jardines regalan sus aromas.

Tus viejas pesadumbres se aduermen como fieras
debajo del escudo triunfal de tu estoicismo:
de tantos imposibles triunfaron tus quimeras.

Paraste tu pegaso al borde de un abismo,
abrió sobre las sombras sus alas altaneras
y resonó en la hondura tu canto de heroísmo.

LISÍMACO CHAVARRÍA.

Inédita.

DIGITAL UCAB

EL PLAGIO

POR

JOHN RUSKIN

Traducción de JOSE AUSTRIA

—

Algún tiempo después que hube concluido el último capítulo de mi obra sobre los Pintores Modernos, tuve conocimiento, por uno de los miembros de mi clase en el Colegio de los Hombres de Trabajo, de los interesantes y poderosos poemas de Emerson. Y hay en varios de esos poemas algo tan semejante á diversas partes del capítulo mencionado, aun relativamente á la expresión, que, sin embargo de que yo generalmente no cuido de justificarme del cargo de plagiario, considero que son necesarias en este caso algunas palabras de explicación.

Repito que en general no me justifico, porque sé cómo se descubre en mi trabajo constancia interna de su originalidad, tan pronto como la gente se cuide de examinarlo: y si no lo hace, ó no tiene penetración suficiente para distinguir la obra genuina de la obra copiada, mi sola aserción no bastaría para convencerla, sobre todo porque le cargo de plagiario es casi siempre hecho principalmente por plagiarios y por personas de la desdichada especie que no cree en la honradez si no se la pone en evidencia incuestionable. No obstante, como mi trabajo está tan fuera de lo actual y realizado entre pinturas, que tengo apenas tiempo de leer muy pocos libros modernos y estoy por consiguiente en mayor peligro que los demás de repetir, como si fuera nuevo, lo que otros han dicho, será bueno hacer constar que cualquiera semejante plagio aparente, resulta del hecho de que mis escritos son más originales de lo que yo mismo quiero que sean, de que he realizado mi objeto en una inevitable, más para mi perniciosa ignorancia, del trabajo de los demás. Por otra parte, sería muy triste para mí el *no* haber estado constantemente bajo la enseñanza y la influencia de los escritores á quienes amo: y soy incapaz de decir hasta qué punto mis pensamientos han sido guiados por Wordsworth, Carlyle y Helps, á quienes (con Dante y George Herbet, entre los antiguos) debo más que á cualesquiera otros escritores: más que á todos tal vez, á Carlyle, á quien leo tan constantemente que, sin ponerme de propia voluntad á imitarlo, me encuentro perpetuamente siguiendo sus formas de expresión y diciendo muchas cosas en una enteramente otra» y empero, más fuerte manera, de la que hubiera adoptado hace algunos años: como también hay cosas que espero estén dichas más clara y simplemente que antes, gracias á la influencia del bello y apacible inglés de Helps. Sería tanta locura como error empeñarse en descartar influencias de esta clase, porque ellas consisten principalmente en una real y saludable ayuda: porque el maestro, tanto en el arte de escribir, como en el arte de pintar, enseña ciertos métodos de lenguaje que fuera ridículo y aun afectado no emplear, una vez que han sido demostrados: justamente lo propio que habría sido ridículo en Bonifacio negarse á emplear el método del Ticiano para aplicar los colores, si comprendía que era el mejor, porque no hubiera sido él quien lo descubrió. Existe toda la diferencia del mundo entre este recibir de guía ó consentir de influencia y la voluntaria imitación y mucho más el plagio. La guía puede aun inocentemente llegar hasta tonos locales del pensamiento y debe hacerlo hasta cierto punto: de modo que yo encuentro el fuerte pensar de Carlyle coloreando el mío continuamente y sentiría mucho que así no fuera, pues de otro modo lo habría leído sin provecho alguno. Pero cuanto yo tengo mío, está todo en mi trabajo y mejor traído, con mucho, me parece, que lo hubiera hecho antes. Bien así como si esculcamos en el ingenio y en la sátira de los escritores populares de nuestros días, encontraremos que la *manera*, en todo lo que tiene de distintiva, se le debe siempre á Dickens: y que de su primera, exquisita ironía, salieron como ramajes otras innumerables formas de ingenio, que varían con las disposiciones de los escritores, originales en su asunto y en su substancia, pero que nunca se habrían expresado como lo hacen ahora, si no es por Dickens.

Mucha gente supondrá que debo al Kosmos de Humboldt y á las Escenas Rurales de Howitt, varias de las ideas emitidas en mis estudios sobre el Paisaje. Soy deudor al libro del señor Howitt, de mucho placer, pero no de sugestión alguna, puesto que no vino á mis manos sino después que aquellos estudios estaban impresos. Habría deseado lo contrario, pues me hubiera gustado mucho tomar nota más extensa del Paisaje de Teócrito, acerca del cual se detiene el señor Howitt con justo deleite. Otras partes del libro son muy sugestivas y provechosas para el lector que se cuide de proseguir el asunto. Del Kosmos de Humboldt, oí hablar mucho cuando salió la primera vez y me di prisa en conocerlo: pero viendo que no contenía materiales relacionados con mi asunto, que yo no poseyera, nunca hice referencia á él en mi trabajo. Puedo estar equivocado en mi apreciación sobre este libro, pero ciertamente, no le debo nada en absoluto.

También se dice á menudo que yo copio á Pugin. En cierta ocasión recorrí los Contrastes de Pugin, en la Biblioteca de Arquitectura de Oxford, durante una tarde en que estaba desocupado. Sus «Observaciones acerca de los artículos del *Rambler*» vinieron á mi conocimiento por algunas de las Revistas. Nunca leí una palabra de ningún otro de sus trabajos, pues no sentía, á causa del estilo de su arquitectura, ningún interés por sus opiniones.

He hablado tan á menudo en mi obra sobre los Pintores Modernos, de la pintura de Holman Hunt «La Luz del Mundo», que bien puedo en este sitio echar una ojeada sobre el envidioso cargo que se la hace de haber sido plagiada de un grabado alemán.

Es, en efecto, verdad, que existía una pintura del asunto: y no había, por supuesto, pinturas de la Natividad antes del tiempo de Rafael, ni de la Ultima Cena anteriores á la de Leonardo, pues si no, estos maestros no hubieran podido reclamar la originalidad. Pero lo que era aún más singular—el verso que se trataba de ilustrar es: «Ved! Estoy en la puerta y toco»:—la principal figura en el cuadro anterior estaba tocando en una puerta, tocaba con la mano derecha y tenía el rostro vuelto hacia el espectador! Más aún, vestía un largo manto, que le bajaba hasta los pies! Todas estas circunstancias son las mismas en la pintura del señor Hunt: y como las probabilidades evidentemente eran cien contra una de que si él no hubiera aprovechado las ideas del artista alemán, habría representado la figura *no* tocando en puerta alguna, volviendo al espectador la espalda y vestida con un manto corto, el plagio se consideró evidentemente demostrado. Naturalmente, no es posible defensa alguna en caso tal. Todo lo que puedo decir es que estaré sinceramente agradecido á cualesquiera otras personas inconcientes, que adapten de la misma manera algunos otros grabados alemanes más.

Finalmente, respecto al plagio en general, debe recordarse cómo todos los hombres que tienen sentido y sentimiento, son constantemente ayudados ó favorecidos: les enseña toda persona con quien se reunen, les enriquece toda cosa que encuentran en su camino. El más grande es aquel que más frecuentemente ha sido ayudado: y si el proceso de las obras realizadas por todos los entendimientos humanos, pudiera ser trazado hasta sus fuentes reales, se vería cómo el mundo ha sido puesto más á contribución por los hombres de más original poder y cómo cada día de su existencia aumentaba la deuda para con su raza, mientras ésta engrandecía los dones recibidos. La labor consagrada á trazar el origen de algún pensamiento ó de alguna invención deberá comúnmente ser llevada hasta la proposición en blanco de que nada hay nuevo bajo el sol. Empero lo que es realmente grande no puede ser copiado en su totalidad: y es generalmente el más sabio y es siempre el más feliz, quien recibe simplemente, sin cuestiones de la envidia, todo lo bueno que se le ofrece, con gracias para aquel de quien inmediatamente lo recibe.

EL POETA

—

Toda noble ambición arda y alumbre
En el alma infrangible del poeta,
Y que vibre su verso cual saeta
De Alcides, peregrina hacia la cumbre.

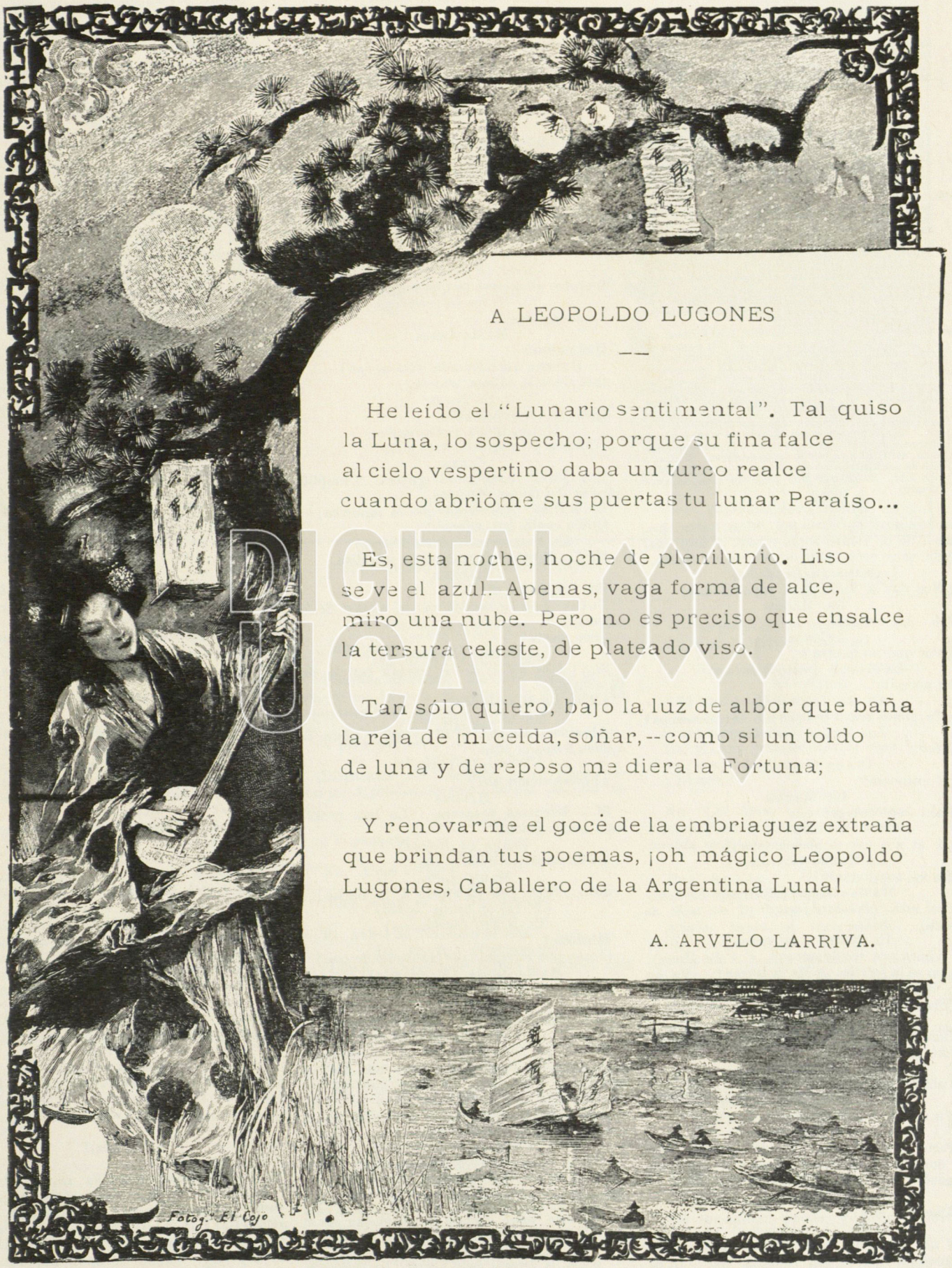
Brilla en su frente resplandor de aurora,
Su antorcha al soplo hostil crece del viento,
Y al hondo porvenir su pensamiento
Tiende el ala aquilina y vencedora.

Sus negras hordas el dolor envía,
Hambre, exilio, miseria, angustia, espanto,
Mas él en duro bronce graba un canto
Que la herrumbre del tiempo desafía.

Rueda el arco de triunfo del guerrero,
Rueda el templo de mármol arrogante,
Y la voz de los hombres dice: ¡ Dante !
Y la voz de los siglos dice: ¡ Homero !

LEOPOLDO DIAZ.

Inédito.



A LEOPOLDO LUGONES

——

He leído el "Lunario sentimental". Tal quiso
la Luna, lo sospecho; porque su fina falce
al cielo vespertino daba un turco realce
cuando abrióme sus puertas tu lunar Paraíso...

Es, esta noche, noche de plenilunio. Liso
se ve el azul. Apenas, vaga forma de alce,
miro una nube. Pero no es preciso que ensalce
la tersura celeste, de plateado viso.

Tan sólo quiero, bajo la luz de albor que baña
la reja de mi celda, soñar,--como si un toldo
de luna y de reposo me diera la Fortuna;

Y renovarme el gocé de la embriaguez extraña
que brindan tus poemas, ¡oh mágico Leopoldo
Lugones, Caballero de la Argentina Luna!

A. ARVELO LARRIVA.

DIGITAL UCAB

MIENTRAS DESCANSA

—

DRAMA ALTEICO EN UN ACTO POR

SALUSTIO GONZÁLEZ RINCONES.

Dramatis personæ:

LA ABUELA. EL NIETO.
EL PADRE.
LA MADRE. LAS NIÑAS. { Helena, la mayor. Clara, la menor.
LA LOCA. { María-Luisa.

LA SIRVIENTA.

ACTO UNICO

—

LA ESCENA

Salón empapelado de color claro. A la derecha, dos puertas; abierta la primera, cerrada la otra. Entre éstas: mesa con objetos varios. En ese trozo de pared, reloj. A la izquierda, hacia el primer término, una puerta entornada. Más al fondo, una biblioteca-escritorio. En el fondo, dos altas ventanas entreabiertas. La derecha, deja ver un farol eléctrico recortándose sobre el cielo lívido. Entre las dos ventanas, mesa con lámpara de alcohol-luz. Sillas. Retratos de familia y algunos cuadros. Bombilla eléctrica pendiendo del techo.

A la izquierda y en primer término, LA MADRE cose piezas de ropa en la máquina. Va vestida de rosa claro. A la derecha y un poco menos en primer término que LA MADRE, CLARA (vestida de blanco con un lazo rojo en el cabello oscuro) y MARÍA LUISA (de visita, como lo atestiguan su cabeza peinada, el traje de medio-luto y los zapatos de charol) revisten una rústica armazón de cañas (que imita una casa) con espigas de verada. EL NIETO (de vestido castaño con grandes botones metálicos) estudia junto á la ventana derecha, sentado en una silla baja, de cuero. HELENA irá de azul, con lazos blancos en el pelo. LA LOCA, de luto. EL PADRE con traje de casa, de color crudo.

EL NIETO (*trabajosamente*)

«Un pesca...dor pasa mu...chos traba...jos. Cuan....do el viento sopla y hay, y hay marejada, se ve arro....jado de una parte...á otra.»

CLARA (*á La Madre*)

¿Nos das la mesa de la ropa blanca?

LA MADRE

Nó. La redonda...

CLARA

¿Por qué no la otra?

LA MADRE (*alzando la voz*)

Se necesita!

CLARA (*alarmándose*)

¿Te pones brava porque nos entretenemos?

LA MADRE (*riéndose*)

Nó.

CLARA (*besándola*)

¿Y entonces?

LA MADRE

Bah!...entreténganse...

CLARA

¿Y si nos entretenemos contigo?

LA MADRE (*sonriendo*)

Yo no soy juguete!

MARÍA-LUISA (*al Nieto*)

Casi está. (*Señala el juguete ya con techo de espigas*)

EL NIETO (*alegremente*)

¡Ahora nos lo llevamos!....(*A La Madre*). Ya yo sé la lección...¿Me la tomas?... Ya no veo, tan oscuro!...

(*Suena la voz de la Abuela por la izquierda*)

LA MADRE (*levantándose*)

Despertó!....(*Al Nieto*) Ahora te la tomo. (*Mutis por la izquierda*)

CLARA (*á María-Luisa*)

Pobre abuela!

EL NIETO (*levantándose*)

Ya no ve. (*Deja el libro en la silla*)

CLARA

Pero todavía cose. (*A María-Luisa*) Se ha empeñado en coser el vestido con que se casó!...

EL NIETO

Amarillo está ya...

CLARA (*horrorizándose*)

Y no reza por estar componiéndolo... Se la pasa diciendo que va él á venir. (*El Nieto se pone á ver por la ventana izquierda*)

MARÍA-LUISA

Quién?

CLARA

Daniel, el abuelo.

EL NIETO (*desde la ventana*)

Es que ve visiones.

MARÍA-LUISA (*extrañándose*)

¡Visiones!

CLARA

Sus muertos.....

EL NIETO

No nombres eso, acuérdate de lo que dijo la sirvienta: que salen.... .

MARÍA-LUISA (*estremeciéndose*)

Así es.

CLARA (*Señalando la puerta de la izquierda*)

Se la pasa conversando sola... Dice papá (*señala la primera derecha*) que con sus recuerdos.

HELENA (*entrando por la primera derecha*)

¡Por fin....! (*A Clara*) ¡En tu escaparate estaban las ovejas! (*Viendo la armazón que ya tiene una pared con espigas*) ¡Qué bueno!

CLARA (*á María-Luisa*)

Cuántos años crees tú que tenga ella?

EL NIETO (*abrumador*)

Es nonagenaria.

MARÍA-LUISA

Qué es eso?

HELENA (*acomodando unas espigas*)

Que tiene la cabeza blanca...

EL NIETO

Que tiene noventa años.

MARÍA-LUISA (*admirándose*)

¡Cuando yo tenga noventa años!

CLARA

Era joven cuando la guerra. Cumplió años el Día de los Muertos...

LA MADRE (*apareciendo por la izquierda*)

Quién cogió sus tijeras?

EL NIETO (*señalando á Helena*)

Ella... Estaba contando unas estrellas.

HELENA

Eso fue el otro día!..

CLARA (*que ha buscado en los cajones de la máquina*)

¿Son éstas?

LA MADRE (*llevándoselas*)

Sí... (*A los niños*) No se metan con lo de la abuela!

(*Mutis por la izquierda*)

HELENA (*á los otros*)

Abramos campo... (*El Nieto y Clara la ayudan á separar sillas*)

MARÍA-LUISA

¿Ella se sienta ahí?..

HELENA

Sí... Mientras descansa... Le han prohibido hacer fuerza.

CLARA (*á Helena*)

Le diremos que cuente algo...

MARÍA-LUISA

Nó... ¡Nó!.. ¡Me da miedo á la noche!...

(*Se oye un trueno lejano*)

EL NIETO (*burlándose*)

Miedosa!

(*Suena una carcajada por la segunda derecha*)

MARÍA-LUISA (*asustándose*)

¡Qué! ¿Quién se ríe?

HELENA

Tía... No puede escuchar á los truenos...

EL NIETO

Ni ver los relámpagos... (*A María-Luisa que aún está llena de miedo*) Pero nó...Ya no está loca... (*Riéndose*) Tú crees que eso de que le caiga un rayo á uno cerca!... (*Señala la segunda izquierda*) Dice que olía á azufre.. ¡Como el Diablo! (*Otro trueno lejano*).

MARÍA-LUISA

¡No lo nombres! (*Se persigna*)

LA ABUELA

(Entra en su sillón de ruedas, empujado por la Madre. Va vestida de luto. Temblorosamente cose un traje blanco, oxidado en amarillento por el tiempo. En el respaldo de la silla, un velo blanco. Las manos, flacas y temblando con el vendabal interior de los años ostentan: la izquierda un anillo, la derecha, dedal y aguja. La muñeca izquierda tiene una pulsera de oro. Bajo las canas una mirada perdida y un par de zarcillos antiguos, largos y de oro. Arrugas.)

¿Cómo están por tu casa, María-Luisa?

MARÍA-LUISA

No hay enfermos.

(La Madre ha llevado el sillón cerca de la mesa del fondo. El Nieto cierra la ventana de la izquierda y luego, con Clara y Helena, va á besar á la nonagenaria, que les retribuye sus cariños trabajosamente y en silencio.)

LA ABUELA (*á los niños*)

Sigan jugando.

LA MADRE (*al Nieto*)

Dame pues, la lección .. ¿La sabes muy bien?

EL NIETO

Sí.

LA MADRE (*cogiendo el libro*)

¿Sí?

EL NIETO

Sí...oye: y luego ensayamos los aguinaldos?

LA MADRE

Sí. Más tarde.

EL NIETO

Bueno pues... (*leyendo*) «Un pescador.. pasa muchos trabajos. Cuan...do....el....viento.... »

LA MADRE (*ayudándolo*)

¡Cuando el viento!

EL NIETO

«Cuando el viento so....pla y hay marejada se ve arrojado de una parte á otra. Ya se sostiene su barquilla sobre una grande ola... ya se hun...de en una...pro...fun...di...dad... donde el agua... le sal...ta por encima... (*Pausa*) El po... »

LA SIRVIENTA (*entrando por la primera derecha*)

(Es negra. Viste de claro y lleva delantal de retazos. Tiene en la mano un plato de loza que limpia con un paño)

El que compone el piano que ya se va.

LA MADRE (*levantándose*)

Voy... Mira, Helena: acaba de tomarle la lección...

(*Le da el libro y mutis por primera derecha*)

LA SIRVIENTA (*Viendo el juguete que tiene ya dos paredes de espigas*)

¿Eso es pal niño Dios? (*Se oye tronar lejanamente*)

CLARA

Sí.

LA SIRVIENTA (*Señalando por la ventana derecha*)

¡Se acabó la tempestá! Si le prendí la palma bendita en las brasas del anafe e los jierros!... Y ahorita le pongo el cabo e vela en la mitá el patio!.... (*Se dirige hacia donde entró*) En un saltico se acaba la garúa!

(*Mutis*)

HELENA (*al Nieto*)

¡Sigue!

EL NIETO

¡Ya no se ve!... (*Continuando*) «El pobre pescador está...mo. .jado hasta el pellejo y no tiene fuego con qué secarse la ropa. Es... to no le impor...ta, porque a....hora ve ve... nir hacia él una grande o...la que pue...de su....mergir....le. ¿La ve él verda...dera.... men...te? Ten cui....dado, pesca...dor: ten cuidado, pescador, que te puedes aho... aho...»

HELENA

Ahogar! (*En su izquierda apuñada brota el meñique triunfalmente.*)

EL NIETO

«Ahogar. Bien, ahora... está.... en.... salvo. ¿No lo está?...» (*Alborozándose*) ¿La sé ó no? (*Entra la Madre por la primera derecha*)

LA MADRE (*á Helena*)

¿La supo?

HELENA

Sí. Una falta.

EL NIETO (*asomándose á la ventana derecha*)

La niebla va bajando!.... (*Aspira*) Huele como el cuarto aquel que encalaron en la escuela! (*Viendo hacia lo lejos*) Todas las luces eléctricas parpadean!.... ¡La luna va volando!

LA MADRE (*á los niños*)

Hoy no viene la luz.... Dijeron que únicamente encenderían las de la calle. (*Señalando la lámpara de la mesa*) Habrá que pren-

DIGITAL UCAB



LA INUNDACIÓN DE SAN JOSÉ DE RÍO CHICO

Fot. de González G. especial para "El Cojo Ilustrado".

DIGITAL UCAB

der ésta. (*Entra el Padre por la primera derecha y busca en el estante*)

CLARA (*dando vueltas al switch para convencerse*)

Cierto! Y tampoco han prendido el foco de enfrente... Nos alumbraría como siempre. (*Señala hacia él, que se destaca sobre el cielo*)

LA ABUELA (*lentamente*)

Me pa...rece que el re....ló no camina.

LA MADRE (*viéndolo*)

Sí. Estamos á fin de semana.

LA ABUELA

Anoche daba las ho...ras mui despacio... Desde las cuatro que esta....ba despierta....

LA MADRE (*al Padre*)

¿Qué buscas?

EL PADRE

El recibo.

LA MADRE (*buscándolo en la mesa de la derecha*)

Aquí está... Tú mismo lo dejaste ahí...

EL PADRE (*cogiéndolo*)

No me acordaba!... (*Se dirige á la primera derecha*)

LA MADRE

No te olvides de darle cuerda. (*Señala el reloj*)

EL PADRE

Sí.... Ya vuelvo. (*Mutis*)

CLARA

Oye, abuela: en tu tiempo hacían nacimientos?

LA ABUELA

Sí.

HELENA

¿En tu casa?

LA ABUELA (*muy lentamente*)

Nó... En casa no hacían.... (*Súbitamente recordando*) Sí! Una vez hicimos. El Niño es ése que tiene tu mamá. Ese que se quebró con el terremoto. La Inmaculada la pusimos de Virgen... y un San Rafael le tapamos las alas con una capa: ése era San José.

MARÍA-LUISA

¿Más nada?

LA ABUELA (*alegrándose*)

También un indio. En una mano el arco y en la otra el mazo de flechas. Le apuntaba á un negro...

HELENA

Y para qué eso?

LA ABUELA (*riendo*)

Disparates de nosotras.... (*El Padre entra por la primera derecha y abre la caja del reloj*)

EL NIETO

¿Y pastores?

LA ABUELA

Nó. Unos arrieros...

HELENA

¡Bien bonito es un Nacimiento!

EL PADRE

El Arbol de Navidad es más.

LA ABUELA (*incomodada*)

¡Cómo va á ser más bonito el Arbol que el Nacimiento del Niño Dios!

EL PADRE

Eso sucedió hace tánto, mientras que un árbol nace todos los días!

LA ABUELA

Mas mérito tiene celebrar lo que pasó hace veinte siglos!

EL PADRE (*dando cuerda al reloj*)

De modo que no te gusta el Arbol?

LA ABUELA

Nó. Nosotros somos católicos... El arbolito es de los protestantes?

EL NIETO (*después de una reflexión*)

Pues á mí me gusta!

LAS NIÑAS

Hereje!

(*Suenan junto con la cuerda del reloj unas guitarras. Una voz canta clara y fresca*)

LA VOZ CLARA

En el valle nacen rosas,
en la playa clavellinas,
las gladiolas en el cerro
y en la torre golondrinas...

(*Las niñas corren á la ventana*)

EL NIETO

Allá van... (*Señala*)

CLARA

Si cantaran..

LA MADRE (*acomodando la ropa que cosía, en un cesto*)

¿Llueve?

EL NIETO

Nó. Los focos se ven morados... Sólo relampaguea lejos, sobre los cerros... ¡Bien crecida va la quebrada!

CLARA

Hay estrellas... (*El Padre pone las manecillas del reloj en la hora*)

EL PADRE (*al reloj*)

Ahora: hasta el otro sábado. (*El reloj suena*)

LA MADRE

¿Cómo está con el de la iglesia? (*Un silencio. Suena el de ésta*) Un minuto!

EL PADRE

Mejor es así: que adelante. (*Mutis por la primera derecha*)

MARÍA-LUISA

Parece media-noche. ¡Tan oscuro! (*Los niños se quitan de la ventana.*)

LA MADRE

Sí. Hay que prender las lámparas. (*Mutis por primera derecha*)

LA ABUELA

Ensártame la aguja.

HELENA (*ensartándola al trasluz*)

De casualidad puedo ¿Vas á seguir cosiendo?

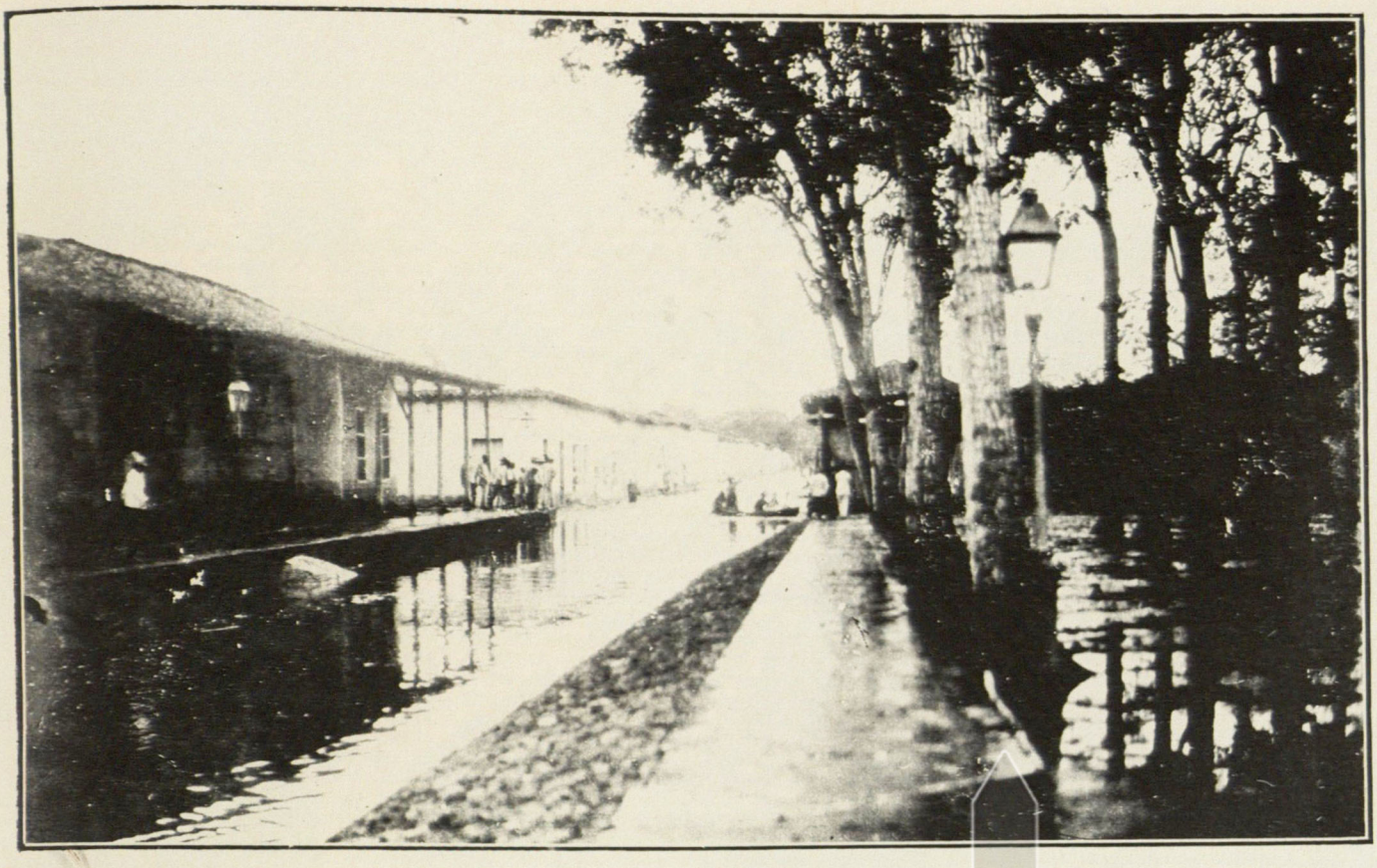
LA ABUELA

Sí... Mi vestido tiene que estar listo. Va él á venir...

CLARA

¿Viste el marco que le pusieron?

LA ABUELA (*ensimismándose*)
Por eso es que viene.
HELENA
Tú lo querías mucho?
LA ABUELA (*después de un silencio*)
Y él.
MARÍA-LUISA
En el retrato parece muy bravo.
LA ABUELA
Nos besábamos...
HELENA
¡Abuela!
LA ABUELA
¿Qué?.. Eso es pecado?.. (*Busca sobre la mesa*) Qué se hicieron mis azahares? (*Hace un esfuerzo buscándolos*)
HELENA
No hagas fuerza!
EL NIETO (*recogiéndolos del suelo*)
Tómalos (*Le da un ramo de azahares artificiales, dos veces muertos. La risa de la Loca suena*)
MARÍA-LUISA (*asustándose*)
Otra vez!
CLARA (*á la Abuela*)
Has visto locos?
LA ABUELA
Sí. Una huérfana. ¡La primera vez que vi una gente con cadena! A casa se presentó...
EL NIETO (*curioso*)
¿Cómo supieron que estaba loca?
LA ABUELA
Entraba corriendo á la iglesia.
EL NIETO (*convencido*)
¡Ah!
CLARA
¿Cómo tenía los ojos el abuelo?
LA ABUELA
Azules.
HELENA (*admirándose*)
¡Como yo!
LA ABUELA
De novios, él me regaló esta pulsera; yo, un pañuelo bordado con mis cabellos...
CLARA
¿De qué color eran?
LA ABUELA
Negros, como los tuyos.
HELENA
Y sortijas?
Yo le di una... El, ésta. (*Alza la mano izquierda.*)
CLARA
Y la que tú le diste?
LA ABUELA (*lentamente*)
Con él. (*Se pone taciturna*)
HELENA
Ahora no son así las sortijas de novios..
LA ABUELA
¿Y cómo?
HELENA
Lisas.
LA ABUELA
Esta tiene un diamante.
MARÍA-LUISA
¡Qué zarcillos tan largos!
(*La Loca entra dulcemente por la segunda izquierda. María-Luisa se asusta*)
LA LOCA (*señalando el armazón ya concluido*)
¿Qué le van á poner por dentro?
CLARA
Los Santos.
LA LOCA
¿Cuáles?
CLARA
Los del altar.
LA LOCA
¿Pero cuáles?
CLARA
San José, la Virgen y el Niño.
MARÍA-LUISA (*tímidamente*)
Y unas ovejas....
LA LOCA
Lo que relampagueaba en el espejo!... ¿No tienen buey?
HELENA
Nó. La mula y unos pastores.
LA LOCA
¿Y Los Reyes?
EL NIETO
Tía: ahora estarán saliendo de sus tierras!
LA LOCA
¿Y la estrella?
MARÍA-LUISA
Encima de la puerta.. y debajo una guirnaldita...
LA LOCA
¿Y el ángel?
LOS NIÑOS
Si es verdad!... ¿Y el ángel?
LA LOCA (*Con ademán profético*)
Gloria in excelsis Deo
LA ABUELA (*persignándose*)
Et in terra pax. (*Un silencio*)
LA LOCA
¿Dónde van á ponerlo?
EL NIETO
En el corredor.... Todo está listo; no faltaba sino esto.
LA LOCA
Hay mucha luz allá;... no podré verlo... (*Soltando una carcajada*) Yo bajaba con los mayos morados por el camino... ¡Una bola de fuego!.... Luego echó á correr por la sabana... como un alma en pena!.... Luego, un ruido de tejas quebrándose!
(*El globo eléctrico de afuera ilumina, bañando en luz la Loca que enmudece de terror, pero luego de tres parpadeos queda definitivamente apagado*) Esa luz.... Esa luz!..
(*Huye por donde entró*)
CLARA (*á María-Luisa*)
El médico dijo que es nic...
EL NIETO
Nictálope.
(LA MADRE (*Entrando por primera derecha*)
Sólo faltan ésta y la del corredor. (*Prende*)
MARÍA-LUISA
¡Estaba muy oscuro!
(*Los niños ponen copos de algodón al techo de espigas*)
CLARA (*viendo el mechero*)
Parece una estrella.
LA MADRE
Qué es eso?
CLARA
Una nevada. (*La luz aumenta*)
LA MADRE (*advirtiendo*)
No gasten todo el algodón!
LOS NIÑOS
Nó. Nó. (*Mutis de La Madre por donde entró*)
EL NIETO (*á Helena*)
¿Sabes también con qué se podría hacer? Con plumas.
CLARA
¿Con plumón?
EL NIETO
Sí; con el que está debajo del planchadero. (*Viendo la luz ya incandescente*) Qué luz! Parece que ha salido la luna! (*Se pone á hacer sombras chinescas*) Vean!... Vean!....
LA ABUELA (*pausadamente*)
No juegues así con tu sombra, Daniel..
EL NIETO
¿Por qué?
LA ABUELA
Es malo jugar con las sombras...
HELENA
Vamos... Llevemos esto al corredor....
EL NIETO
Sí... y allá le ponemos las macetas...
CLARA
¿Nevando?
EL NIETO
Es verdad!
MARÍA-LUISA
¿Y el pato de cera junto al tanque?
EL NIETO
Se verá que es un vidrio el agua...
MARÍA-LUISA
Se le hace una orilla.... Allá hay paja verde..
CLARA
Verde?... En tal caso, blanca.
MARÍA-LUISA
¿Por qué?
CLARA
Porque nieva!... Por eso es que sobre la mesa extenderemos las cortinas viejas...
(*El Nieto y Clara suspenden la obra cuidadosos y salen seguidos de María-Luisa, por la primera derecha*)
HELENA (*á la Abuela*)
¿Quieres ya tu comida?
LA ABUELA
Nó. Yo te llamo.
HELENA (*besándola*)
Te quedas sola?
LA ABUELA
Nó...
HELENA
Le aviso á mamá?
LA ABUELA
Nó. Tiene qué hacer y estoy con ellos.
HELENA
¿Cómo, ellos? (*Cierra la ventana derecha*)
LA ABUELA
Ellos.
HELENA
¿Pero quiénes son ellos?
LA ABUELA (*taciturna*)
El.
HELENA (*desesperándose*)
Te burlas!
LA ABUELA (*trabajosamente*)
Es que no comprendes.... Es que no comprendes.. Vete.. déjame sola... Nada falta: estoy abrigada y hay luz.... Dame un beso... (*La besa*) y vete.
HELENA
Tienes fríos los labios! (*Mutis por primera derecha*)
LA ABUELA (*en voz baja*)
Tánto tiempo sin él!... ¡Y qué... solo... habrá estado en la tumba!.. (*Un silencio*) Daniel?... (*Más fuerte*) Daniel?... (*Un poco más fuerte*) Daniel?
LA VOZ DE LA LOCA (*por la segunda derecha*)
Se fueron á jugar.
LA ABUELA
Yo no llamo á él.. sino á él. (*Señala hacia la ventana*) Daniel?
LA VOZ DE LA LOCA
No hay nadie.
LA ABUELA
Por qué no vienes?..
LA VOZ DE LA LOCA
Esa luz .... tropezaría...
LA ABUELA
¿Y apagando?
LA VOZ DE LA LOCA
Apagando.
(*La Abuela se incorpora lentísimamente y apaga*)
LA ABUELA
Ya... es....tá. (*Se deja caer en su sillón*)
LA LOCA (*entrando por segunda derecha*)
¿Qué le pasa?
LA ABUELA
Na...da.
LA LOCA
Por qué llamaba?... ¿Le falta á Ud. algo?
LA ABUELA
¿No estaba él afuera?
LA LOCA
Veo mariposas...
LA ABUELA
Y yo. (*Un silencio*)
LA LOCA
Amarillentas...
LA ABUELA
Las veo negras... ¿No estaba él aquí?
LA LOCA
¿Quién?
LA ABUELA
El.
LA LOCA (*aludiendo al Nieto*)
Salió.
LA ABUELA
Hace tánto tiempo!...
LA LOCA (*súbitamente*)



Inundación de "Río Chico"

Fot. González G. para "El Cojo Ilustrado".

¡Una azul ahora! ¡Con ojos negros en las alas!

LA ABUELA (*hablando consigo*)

El tenía los ojos a..zules.

LA LOCA

Ah! Se paró en el velo!

LA ABUELA (*dulcemente*)

Oye: abre para que veas el camino... A ver si viene....

LA LOCA

Todos están en casa....

LA ABUELA (*insistiendo*)

Vestido de negro...

LA LOCA (*asustándose*)

¿Y los relámpagos?

LA ABUELA

Ya no cae más lluvia... Abre, mira bien.

LA LOCA (*abriendo la ventana derecha*)

Ah!... Qué noche! (*Como ofuscada*) Tántos luceros á pesar de la luna!

LA ABUELA (*como explicándole*)

Es que él viene....

LA LOCA (*señalando hacia fuera*)

¿Oye Ud. el agua del barranco?...

LA ABUELA

¿Lo ves?.. Vamos.. (*Se levanta con trabajo*) ¿Lo ves?..

LA LOCA

Nadie. El camino está solo.... Unicamente veo la luz que sale por las puertas...

LA ABUELA (*llegando hasta la ventana*)

Está solo porque él viene.... (*Quedan en silencio*)

LA LOCA

No sé lo que Ud. dice!.... (*Suenan guitarras lejanas*)

LA ABUELA (*dulcemente*)

Tampoco tú comprendes...

UNA VOZ RONCA (*canta á lo lejos*)

Acordate que dijiste,
que primero habías de ver
las estrellas por el suelo....

(*Un silencio*)

LA VOZ RONCA (*continuando*)

...que dejarme de querer.. (*Se extingue*)

LA ABUELA (*en voz baja*)

Lo he cumplido, Daniel....

LA LOCA (*á La Abuela*)

Cantan...

LA ABUELA

¿Qué celebran?

LA LOCA

Noche-Buena.

LA ABUELA

No recordaba... (*Se separa de la ventana y camina hacia su sillón, pero flaquea*) Ve las ...mariposas?..

LA LOCA (*Sosteniéndola*)

Nó.... ¿Le ha hecho daño el sereno...?

LA ABUELA

Nó... Es que él viene... Se cansó de estar solo...

LA LOCA (*Súbitamente*)

¡Veo llamas azules!

LA ABUELA

Revo..lotean.. sobre los azaha..res..

LA LOCA

¿Tiene frío?

LA ABUELA (*trabajosamente*)

Nin....gu....no.

LA LOCA

Habla como si tuviera!..

LA ABUELA (*Sentándose por fin*)

Para que me compren...da él... Tanto tiempo.... sin oír.... mi voz... No la conocería! *Un silencio*) ¿El re....ló... anda?

LA LOCA

Sí...

LA ABUELA (*lentamente*)

Creí que había llegado!.... (*Un silencio*) Asómate otra vez al camino... ¿Ves algo?

LA LOCA (*desde la ventana*)

Ah!.. Unos hombres... Buscan algo en el suelo... Llevan violines.... Una mujer va buscando algo!... Atisba por las rendijas! ..... Los hombres pasan junto á ella.... sin verla!

LA ABUELA

¿Va él? (*Un silencio*)

LA LOCA

Ya se fueron...

LA ABUELA

¿Todos?

LA LOCA

Todos.... (*Un silencio*) ¡Ahora viene uno vestido de negro!... ¡Lleva una cosa larga en la cabeza!

LA ABUELA (*casi con temor*)

Por fin... (*Se levanta trabajosamente*)

LA LOCA.

Otra vez las mariposas! Negras!... Negras!... Negras!..

LA ABUELA (*lentamente*)

Vén... ayúdame... á.... poner... el... velo.. Aquél de hace... años.. y también el vestido...de.... novia...

(*Se pone el velo trabajosísimamente*)

LA LOCA (*sosteniéndola*)

¿Pero qué le pasa?.... (*Trata de llevarla al sillón*)

LA ABUELA

No... No me sientes... El ha en....tra..do... *Lentamente*) Da...niel!...

(*Sin fuerzas se reclina sobre la Loca*)

LA LOCA

¿Qué?.... Oiga?.... (*Más fuerte*) Oiga!... (*Llamando*) Vengan!.... Se le hielan las manos!.. (*Lleva á la Abuela, ya exánime, al sillón. Le coje luego la cara entre las manos*) Vengan!.... La frente está llena con un sudor frío!.... Ah!... ¡Qué grandes! ¡Qué grandes las niñas de los ojos!

(Trata de correr hacia la puerta de la derecha, cuando el arco eléctrico se enciende bañándola en su brutal luz blanca. Adentro suenan el piano, la pandereta y el furruco. Al són de éste, bruscamente hueco, la Loca que avanzaba á tientas en la luz, queda llena de terror, cristalizada en su ademán)

LA VOZ DE LOS NIÑOS (*cantando*)

Van los Reyes Magos
con su caravana,
detrás de la estrella,
entre la sabana.

Y el cielo y la tierra
derrochan su luz,
por el nacimiento
del niño-Jesús.

TELON

Diciembre - 1909.

DIGITAL UCAB

SIMIENTE INDÍGENA

—

A LUIS le ocurría á su regreso á la hacienda de los abuelos análogo fenómeno al que padeció por vez primera al abandono de su vida montaraz. Tres años en los claustros de un colegio de la capital le habían apagado el pasado agreste y bravío en que solía trepar el cerro, fustigaba los burros, charlaba con el peonaje á medida que describía las manchas amarillas ó negras de alguna que otra res vacuna, encaminaba á ésta hacia la canoa, pletórica de agua, al bebedero, y dormíase profundamente al monótono són de las ranas, acompañado del lejano chirrido del grillo monocorde y agudo.

Todo lo había olvidado, todo, durante los tres años de ocio, como él pensaba en los comienzos, vividos en la capital. A puro esfuerzo y por complacer á los abuelos dejó la hacienda á fin de darse lustre en la aula vocinglera, ó *deslustrarse*, como sencillamente decía de él el peón de más confianza del porcentaje cuotidiano que fiscalizaba las cuadrillas y contaba los frutos recolectos. Con gran dolor sintió pasar las primeras noches unas tras otras en el apartado y amplio corredor donde dormía entre la menuda turba, después de la risa y la charla estudiantil, al ruido de las almohadas que volaban de cama á cama bajo la impunidad de la ausencia del director, quien roncaba como un lirón en pleno invierno en la sala del edificio. A recio batallar interior, después de aclimatado en esa vida de hijo de familia, acudió ahora á la hacienda por primeras vacaciones. Los abuelos lo habían requerido del maestro para ver de cerca la figura de Luis, que no se equivocaban al imaginar transfigurada. Las miradas de grandes rasgos del peonaje no cesaban de pasearse por su persona. Ya ésta no vestía anchos pantalones sino demasiado estrechos, casi ajustados á la carne; la faz no era abierta y franca ni casi sonrosada como cuando emprendió el aprendizaje; los ojos veían de revés, y los limpios charoles parecían no querer tocar el suelo, ya no por *mor* sino por temor de embadurnarlos de tierra fresca. Eso sí: lo único que Luis verdaderamente sintió más tónico fue el estómago. Acostumbrado mal á una corta ración de colegio, á las veces escasa á más no poder, los platos de reboso que ahora engullía eran un acabado refrigerio para el esófago comprimido. El recuerdo de los condiscípulos pasaba por su memoria, mientras apuraba la espumante taza de leche fresca y pura ó el plátano unto de miel exquisita, abriéndole rasgos de deseos piadosos y caridad de buena ley, entre todos, el recuerdo de aquel catire glotón y siempre malhumorado que comparaba lo que engullía, que era cualquiera cosa, con la mensualidad que su padre giraba por la Agencia del Banco Venezuela. En cuanto á esto, Luis como muchacho abnegado y paciente nunca alegó saldos en su favor.

A recorrer la vacada fué un día y otro por instancias de los abuelos. Metido entre ropas viejas que él sentía antes á su placer y que ahora no justificaba en su cuerpo sino por resguardar sus fluxes de diario endomingamiento, recorría, con abiertos ojos que no ven, el camino sacado por la fajina, miraba más que veía el lamido mutuo del ganado y apenas si recordaba, tan sólo por un resquemor de sana gratitud que aún restaba en su espíritu de labriego, sus correrías fuete en la mano deslizándose por el matorral, y en llegando á la llanura, el baño de amanecer que se daba en el río limpio y claro que bañaba el plantío. La capital lo ha puesto otro—decía entre murmullos un peón á la continua respuesta monosilábica con que Luis correspondía á su diálogo de fuente cordial. Ya perdió los estribos—argüía otro menos reflexivo. No sabría atar un becerro ni hacer una apoyadura—agregaba el muchacho que iba y venía al pueblo comarcano por provisiones en el propio burro negro que fue predilecto de Luis.

Quien diez y seis años portaba y era estudiante de primer año de filosofía, dentro de dos, según la ley derogada, entonces vigente, sería bachiller. Sus padres habían muerto muchos atrás y tan sólo el amor de los abuelos le quedaba, y á éstos el suyo. La hacienda era patrimonio común de ascendientes y pupilo, y habíase decidido en consejo de familia que los frutos de aquélla debían destinarse á la educación de Luis hasta el doctorado. Por lo que apenas terminadas las vacaciones Luis volvió á la capital, á su colegio.

No dejaron de menudear en la vocinglería escolar reminiscencias de los días de asueto. El compañero glotón del recuerdo de Luis paladeaba la conversación, exhuberante de fritos y legumbres, como un convaleciente el primer pan. Me parezco, de parecerme á alguno, á un muerto de hambre—exclamaba á intervalos mientras hacía un guiño de ojos y un esguince de labios hacia el maestro, quien atisbaba á ojos bajos la charla suculenta. Cada condiscípulo tenía una sazón en la mente y un pequeño vacío en el estómago. Sólo Luis—cosa rara—se preocupaba poco de las frituras, limitándose á consignar el recuerdo por el catire ante la taza de leche humeante.

Al cabo de dos años la Universidad graduó de bachiller á Luis en nombre de la República y por autoridad de la Ley. Con la noticia, de contento casi perdieron el juicio los abuelos, tanto que en lugar de enviar por el nieto laureado vinieron por él á la capital. No comentamos las frases de esperanza y estímulo por el chico, quien apenas tenía un poco de memoria, el orgullo de los abuelos, el joropo que el peonaje, á pesar de todo, bailó en la hacienda, ni sus declamados y extraños brindis por el *doctorcito*. Esas y otras alegrías, aquí y allá de la hacienda, ocurrieron entonces; pero el segundo regreso de Luis, no ya al colegio sino á la Universidad, por un fenómeno inexplicable aún conglomeró lágrimas alrededor del párpado abuelo. Luis venía á buscar una borla aunque todavía no era de saber el color. Entre los viejos no faltaron disputas sobre la elección, pero al fin, por unanimidad, decidieron que Luis propio fijase sus deseos: lo esencial era que estudiara ciencias mayores; lo demás, lo de la afición, era cosa de tomar un camino y dar el primer paso. Un peón se atrevió á opinar, cara triste y de un modo trémulo:—déjenlo aquí, abuelos...!

Un mes más tarde Luis estudiaba medicina, pero la dejó por darle asco el andar entre podredumbres y por los mil desengaños que la ciencia había llevado á su alma. Inscribióse á luego en el curso de derecho, que abandonó también en los mismos comienzos por mostrarse á disgusto con la socaliña y la lealtad en la mentira, á pesar de que los condiscípulos de una y otra ciencia le aconsejaron que continuara, alegándole que el grado era lo de menos y que éste se adquiría con un poco de paciencia y nada más. La ingeniería se la imaginó él siempre fácil experiencia ó golpe de ojo de albañil, por lo que no paró mientes en ella. Teología y cánones fueron cosas en que no pensó jamás, ni en sueños, ni en vigilia. Las bellas artes eran pesadilla cursi para él como para los abuelos, debido á la pobre situación de los artistas, pocas veces ricos en gloria y eso cuando ya no ven: y no había otra cosa que estudiar, era el caso.

Pero de creer á la burguesía, Luis estudiaba ociosidad, pues de cuando en vez hacía paréntesis de reflexión, que llevaba al papel y á la hoja periódica hecha mal verso ó peor prosa. Habíase llevado por otra parte á mentiroso, á pesar de su mal gusto por la mentira. Cuando los abuelos le preguntaban cómo venían los estudios, ninguna pena tenía Luis en anunciarles que iban tan bien que los profesores querían que él fuera discípulo toda la vida, por el mucho amor que le tenían y el prestigio de su contracción. A punto murieron las abuelos. Luis, como heredero legítimo, tuvo que abandonar la capital y encargarse de la hacienda, derramando lágrimas ardientes. Durante la estadía en ésta, sus libros, con los que había cargado, á veces dábanle consuelo, otras malestar, pero siempre eran los únicos compañeros que atenuaban la nostalgia que abría en su corazón el inesperado retiro. El ruido de la capital, el trajín de los coches, las cutis rosas de las niñas, el trato de los compañeros de Universidad, todo cuanto había despertado en él un latido de vida mundana, cuanto habíale insinuado anhelos de bien pasar, cuanto fué muy de su gusto lo envolvía en una onda de tristeza de mal adentro. Mal estudiante primero y luego peor administrador de una hacienda, si comparaba su vida de ahora, veinticinco años, con la bravía pero más feliz de los trece, una corriente de melancolía por el cuerpo enajenado, inhábil, sacudíalo interiormente en una dolorosa inacción de impotencia. Un día reflexionaba que si él no hubiera venido á la capital, de haber corrido la vida en el campo abriendo el surco y echando la semilla, agasajando la vacada, domeñando potros, habría podido administrar no digo la hacienda, hasta el Estado. De bien puesto corazón y mejor fe en los quehaceres de la heredad, hubiera engrandecido el fundo por la explotación, cosechado frutos y no ideas comunes, que en su pensar éstas habíanle arrebatado el sosiego y endurecido el corazón. ¡Cuánta diferencia—reflexionaba—cuando yo montado en mi burro negro cargaba la cosecha desde el conuco hasta la troje, almacenándola! Verdad que no tenía nociones de anatomía ni de la Instituta de Justiniano, pero en cambio podía bailar joropos, ayudar á la siembra, desmontar el conuco, sabría ahora de administración y, en suma, podía ser un buen agricultor. Al llegar aquí pensó echar toda la culpa á los abuelos, pero la voz se le apagó adentro sin apuntar al labio, que se contrajo con una mueca de amargor profundo.

Del antiguo peonaje quedaban pocos miembros en la hacienda. Los sustitutos de los idos solían exclamar por lo bajo al ver el retraimiento de Luis y su descuido en la posesión:—éste servirá, menos para ésto. Los humildes labriegos advertían el fenómeno que Luis padecía, su opinión era un bosquejo si no el símbolo de algo muy grande que aqueja el alma nacional. Luis por su parte al verlos tan contentos en su vida, la misma, ignorada y metida en sí, lejos del bullicio, proscritos de cuanto fuera palpitar intenso, recobraba sus bríos y apodábase, como último pensamiento, de carácter débil por haberse dejado traer de la locura hasta aquel arrepentimiento ficticio, de un instante bondadoso, en que se pensó buen agricultor; pues á pesar de aquel trasiego reflexivo del pasado en un momento de malhumor, Luis no tuvo valor después y al cabo para continuar en la hacienda, que vendió mal, estipulada peor, viniéndose á la capital. No obstante, dijo que sintió como partírsele el corazón al dejarla en ajenas manos y casi aseguró ver la doble sombra de los abuelos enseñándole unos dientes enormísimos.

Al reanudar la antigua estación de bien vivir su alma fué perdiendo lentamente todo reparo. Los coches, los tranvías eléctricos, el abrazo mentiroso de los amigos de botiquín, la mascarada fraterna, la Plaza Bolívar, los teatros, el circo, los paseos y por último el empleo público como medio de retardar un par de años el producto de la venta de la hacienda, fueron la obsesión continua de Luis en la capital por días, meses y años. Así llegó á cumplir los treinta, á punto que reflexionó que antes de llegar á la miseria sacrificaría unos meses y hasta unos años haciendo escala y dinero por el interior de la República.

En este camino los empeños de Luis fueron colmos. De una secretaría de Jefatura Civil de un lejano Distrito á la jefatura misma, un poco después á la secretaría del Concejo Municipal, vocal de éste en el raudo andar de los meses, por días Vicepresidente encargado de la Presidencia, diputado á la asamblea legislativa del Estado, procurador de presos pobres en un cambio inesperado de gobierno, y candidato á la medicatura de ciudad, que habría desempeñado sin rebozo á no haber sido por la intrusión de un empírico que rabió á grito herido y dió al traste, con argumentos de poco bulto, pero llenos de sentido común, con la popular candidatura, por lo demás muy ajustada á las costumbres, fuente principal de las leyes. Este fracaso trájole consigo su vuelta á la capital, bien despedido por la prensa lugareña, acabando con su vida andariega de diez años. Cuarenta de existencia, alguna experiencia acumulada y unos escasos dineros constituían el caudal que trajo á cuentas. A caza de audiencias mayores, de petición en petición, de funcionario á funcionario, fué un diario escribir de tarjetas y hacer antesalas sin fruto. Aquel «lo tendré presente» continuo que martillaba en sus oídos con desenfado y la premura del pago en la posada, la cara de tirano que veía dibujarse en el rostro del Gobernador ó del Ministro cuando se le avalanzaba á vigorar su exigencia, el trajín del ir y venir en busca de influencias nuevas, perdidas las antiguas, cerca de tales personajes, todo lo vino trayendo como de la mano del desencanto hasta colocarlo en el punto preciso de la reflexión. Poco á poco la hipocondría fué avasallándole el corazón, con oleadas más recónditas, haciendo flotar en su espíritu la imagen de los abuelos, la heredad perdida, los idos instantes de paz y amor en que su sér montaraz, ajeno de alimañas y extraños ruidos, libre de dolencias, exento de fatigas, presto al mayor esfuerzo, limpio al sol y limpio dentro de sí, sonreía. Un marcado languor cubría su faz enjuta por los ultrajes del desengaño, suficiente á dejar ver que tras el alma de Luis el pasado dichoso resurgía á distiempo, atrayéndolo y golpeándolo, abriéndole ojos de tardío arrepentimiento y apuñaleándolo sobre seguro con saña cruel y profunda.

La posada en que Luis vivió esta vez última, de limitadas que eran sus cuentas, marchaba al día. Hacía muchos que éste venía enfermo y por una especial concesión, debida á su enfermedad, se le había permitido deber más de un mes. Sus entretenimientos de entonces eran andar y desandar sus nombramientos de la parroquia, en algunos de los cuales había un sello y un escudo, aunque los más estaban dictados en simple papel florete. Luego venía el examen minucioso de las cartas de reco-



LA GOTA DE LECHE - Sala de examen y peso de niños

Fot. especial para EL COJO ILUSTRADO

mendación ante él para comisarios de caseríos. Por último, la relectura de los sueltos de periódicos en los cuales se le elogiaba por su brillante administración y los importantes servicios que había prestado á la causa y á la patria.

Cuando más entretenido estaba en esto, presentóse la dueña de la posada á exigirle la desocupación de la pieza, ya casi al fin del segundo mes que no pagaba. Con la súbita emoción, un calofrío intenso recorrió la sangre de Luis, produciéndole un síncope. Al contemplarlo así, la dueña, una vieja gorda y mal encarada, asustóse tánto que huyó temblorosa del cuarto sin agregar palabra, cerrando tras sí la puerta. Al volver del fatal accidente, Luis paseó la mirada perdida por el sucio y desgarrado cielo raso de la habitación, levantóse, anduvo á zancas trémulas, todavía con un pedazo de papel en la mano convulsiva y cerrada, arrastróse por la pared, agarró una silla desvencijada que tenía al lado de la cama, subióse á ella, anudó á su cuello la cabulla que pendía de una escarpia y se lanzó al vacío, mudo y pálido.

Ni un sollozo escapó de su garganta torpe. La posadera, quien ya repuesta regresaba á la pieza, dió un agudo grito al verlo. Atropelladamente acudieron los comensales, mientras la autoridad, que había oído el grito y ocurrido, desprendía de las manos yertas de Luis un arrugado y amarilloso fragmento de periódico en que se leía:

«Hoy parte hacia la capital de la República nuestro honorable amigo el doctor y general Luis Villapol, después de haber desempeñado con bastante acierto y honradez de buena información los más importantes cargos del Distrito. Que las brisas del Avila le sean propicias y que el gobierno premie sus talentos y servicios.»

Eran demasiadas letras para los brazos de una cruz: y la inscripción, demasiado precisa para una tumba sin lápida.

RAFAEL BRUZUAL LOPEZ.

PAGINAS EXTRANJERAS

DIALOGO MISTERIOSO

—

CROATA

En una de las cárceles de Lepoglava, Glina ó Mitrovica había aprendido el oficio de tallador en madera y substancias parecidas. Sabía esculpir los cuatro Evangelistas; sabía entallar perfectamente un magnate, un oficial, con su virginia entre los dientes, un asno y también muñecas que eran una verdadera delicia.

Cierta tarde estaba trabajando en su tienda, que era al propio tiempo su laboratorio. Tenía entre las manos una obra principiada. La madera era durísima y se fatigaba puliéndola. Había tallado ya una forma cuadrangular orgánica. Y ahora no sabía qué decidir: si hacer un santo ó un magnate, ó un funcionario del Estado en la octava clase, adornado de hermosos galones dorados, así como aquellos que usaba su ex-director de la prisión. La ocasión era propicia para todo.

En tanto que trabajaba, la luz del candil iba extinguiéndose. La botella del petróleo estaba ya vacía y no podía procurárselo. Abandonó su labor y dirigiéndose al rincón donde estaba su lecho, echóse sobre él vestido. Pero no podía conciliar el sueño. Seguía dándole vueltas á la idea de si debía tallar en aquel trozo de madera, un magnate, un funcionario ú otra cosa. Y estando así dominado por aquel pensamiento, percibieron sus oídos un susurro misterioso. Era análogo al golpe seco que produce la madera al ludir la madera—pero era ciertamente otra cosa, un ruido insomne é insólito. Escuchó y escuchó con atención, y al cabo no le quedó ninguna duda; eran palabras, eran casi un diálogo.

—Ah! es verdaderamente desolante lo que hizo conmigo mi creador, decía la voz que salía del sitio donde estaba colocado un borrico teñido de hermoso color gris y colocado sobre una plataforma provista de cuatro ruedas. Me comprará una mujerzuela cualquiera para su hijo, el cual desde el primer día me arrastrará por el polvo y me arrancará la cabeza: acabaré bien! Feliz tú, Apóstol Lucas, que serás colocado en un altar por luengos años, y todos te reverenciarán—y finalmente nuestro mismo creador irá á prosternarse delante de ti!

—Eh! querido! Los designios de la Providencia son inexcrutables. Tal como son las cosas, así son, y no pueden ser de otro modo. Yo apóstol y tú asno—respondió el santo desde su rincón.

—Sí, sí, se entrometió el magnate colocado en lo alto. No debes creer, pedazo de animal que somos una misma cosa porque nos haya fabricado una misma mano. Yo soy un personaje y no me comprarán para que los rapaces me arrastren por el polvo, como á ti; nó, me colocarán en algún buen salón. Naturalmente: yo soy un personaje y tú eres un borrico...

—A las órdenes del destino debe todo el mundo someterse sin reticencia—se apresuró á decir un bastón cuyo pomo figuraba una cabeza de oficial con galones de oro. ¿Y qué más quieres tú, asno mísero? Todavía no he oído yo decir que á ningún borrico se le haya conferido clase oficial alguna—por lo menos á ningún asno de madera. ¿Cómo pretendes que nadie se ocupe en pensar en ti?

El asno habría alzado la cabeza si eso hubiera estado en su poder—si no hubiera sido de madera—pero tal como era sólo alcanzó á producir un rumor que al maestro le pareció que sonaba:—Hum!... hum!..

—De todos modos, eso me causa maravilla y casi disgusto, se apresuró á responder, en vez del asno, una muñeca que estaba entre un montón de hermanas suyas, listas dentro una cesta para llevarlas á la feria. Tú, magnate, el apóstol y el asno, todos nosotros, somos, en el fondo, de una misma materia. Madera y más madera, y nada más —y tánta diferencia de forma y de destino!

—Terrible! Terrible! dijeron en coro todas sus hermanas.

—Y siempre así! Siquiera dependiera esto de defectos y méritos. Pero nada de eso. Tal como le venga en gana al maestro, así te labra tu suerte, y para siempre! Si el maestro no hubiera pensado en una muñeca precisamente en el momento en que tomó entre sus manos el leño en el cual me talló, sino que se hubiera acordado del magnate ó del santo, santo ó magnate sería, como uno de vosotros—y no una mísera muñeca que cualquier necio patán sepultará en el fango.

—¿Qué está murmurando ahí esa miserable? dijo al fin el oficial, desde el puño de su bastón.

—Oh! oh! Oigan al baladrón! Ignoras que tú y yo somos precisamente de una misma madera. Y tu fortuna porque el maestro se acordó del oficial cuando tomó entre las manos el leño, es un infortunio porque se acordó de la muñeca. En eso estriba, amigo mío, todo tu mérito. Somos de una misma materia, de una misma labor: entre nosotros no existe la menor diferencia: el diablo y el destino.

—Terrible! Terrible! dijeron en coro todas las muñecas y el asno con ellas. No puede haber mayor injusticia! Y era horrible escuchar sus lamentos y gemidos.

Al maestro se le erizaron los cabellos. Nunca había sospechado que fuera el árbitro de tántos destinos y una intensa pesadumbre se apoderó de su ánimo.

—Callaos! Callaos! gritó al cabo desesperado. Los compradores piden apóstoles, muñecas, asnos y magnates. Y yo vivo de eso. Y así tiene que ser.

—Y sin embargo, eso es una gran injusticia!

—¿Y qué? Entre nosotros los hombres ocurre lo mismo. Y lo mismo supone el hombre que el que está en los cielos debía ser más juicioso y justiciero con él. Yo y aquel consejero íntimo que habita enfrente somos de una misma pasta, asistimos á una misma escuela; y sin embargo él se harta todos los días y yo casi me muero de hambre: él se ha convertido en un gran señor y yo en un ladrón, que por quince años tuvo que penar en el presidio.

—Sí, sí, precisamente como entre nosotros. Yo muñeca, aquél oficial, el otro borrico ó magnate, tú ladrón, el de enfrente consejero íntimo—y acaso más después, concluyó la muñeca.

El maestro, no sabiendo qué responder se deshizo en llanto, mientras en su alma se despertaba un fuerte deseo:

—Oh! si también su Creador descendiese á conversar con él, como él con sus criaturas!...

KSAVER SÁNDOR-GJALSKI.

LA NUEVA ATLÁNTIDA (1)

—

FRANCESA

El profesor Obnubile, que hacía cosa de sesenta años vivía una vida de reclusión y soledad en su laboratorio, á donde no llegaban nunca rumores del mundo, decidió hacer por sí propio un estudio acerca del espíritu de los pueblos. Resuelto á iniciar aquellos estudios por el de la mayor de las democracias, se embarcó para la Nueva-Atlántida.

Después de quince días de navegación el buque penetró una noche en la rada de Titampor, en la cual estaban anclados millares de navíos. Un puente de hierro tendido sobre el agua y refulgente de luces unía dos muelles tan distantes uno de otro que el profesor Obnubile creyó estar navegando en los mares de Saturno y viendo el anillo maravilloso que circunda aquel planeta.

Por aquel gigantesco puente pasaba más de la cuarta parte de las riquezas del orbe. El sabio pingüino desembarcó y se hospedó en un hotel de cuarenta y ocho pisos, servido por autómatas; más tarde tomó el ferrocarril que debía conducirlo á Gigantópolis, capital de la Nueva-Atlántida. El tren tenía restaurants, salas de juego, circos atléticos, oficinas de negocios, una capilla evangélica y la imprenta donde se editaba un gran diario, que el sabio no pudo leer, porque no conocía el idioma de los nuevos Atlantes. El tren iba dejando á su paso, sembradas al margen de caudalosos ríos, ciudades manufactureras y fabriles que obscurecían el firmamento con el humo de sus chimeneas, ciudades negras de día y rojizas de noche, clamorosas tanto bajo el sol como entre las sombras.

—Hé aquí, iba pensando el Doctor, un pueblo bastante ocupado con sus industrias y negocios para que pueda pensar en guerras. Estoy seguro de que los nuevos Atlantes practican una política pacífica, pues es un axioma admitido por todos los economistas del mundo que la paz tanto en el interior como en el exterior, es necesaria al progreso de las industrias y del comercio.

Al recorrer la ciudad de Gigantópolis se confirmó en esta opinión. Las gentes marchaban por las calles con tan violento ímpetu que atropellaban cuanto iban topando en su camino. Obnubile, varias veces atropellado y arrojado por el suelo, aprendió á caminar con más prudencia: al cabo de una hora de marcha logró derribar á su vez á uno de aquellos Atlantes.

Al llegar á una enorme plaza vió el pórtico de un palacio de estilo clásico, cuyas columnas corintias alzaban á más de sesenta metros sus capiteles de arborescentes acantos.

El Doctor, con la cabeza echada hacia atrás estaba admirando el edificio, cuando un hombre de trazas modestas se le acercó y le dijo en pingüino:

—Por su traje conozco que es usted de Pingüinia. Conozco su idioma. Soy intérprete. Este palacio que usted ve es el del Parlamento. En este momento deliberan los diputados de los Estados. ¿Quiere usted asistir á la sesión?

Introducido en una tribuna, el Doctor miró á la muchedumbre de legisladores, los cuales estaban arrellanados en butacas de mimbre, y tenían los pies apoyados en los pupitres.

El Presidente se puso en pie y gruñó más que articuló, en medio á la general indiferencia, las siguientes fórmulas, que el intérprete le tradujo inmediatamente al Doctor:

—«Habiendo terminado, satisfactoriamente para los Estados la guerra emprendida para obtener la apertura de los mercados mongoles, propongo que se envíe las cuentas de los dispendios que ocasionaron á la comisión de finanzas...»

«¿No hay oposición?...»

«La proposición es aprobada.»

—He oído bien, preguntó el profesor Obnubile. Ustedes, un pueblo industrial, ustedes, comprometidos en esas guerras!

—Sin duda, respondió el intérprete. Son guerras industriales. Los pueblos que no tienen comercio ni industrias no se ven obligados á hacer la guerra; pero un pueblo de negocios está sujeto á seguir una política de conquista. El número de nuestras guerras se aumenta necesariamente con nuestra actividad productiva. Cuando una de nuestras industrias no encuentra modo de darle salida á sus productos, es menester que la guerra se encargue de abrirle nuevas puertas. Por eso hemos tenido en el año que corre una guerra de carbón, una guerra de cobre, una guerra de algodón. En la tercera Zelandia nos vimos precisados á dar muerte á las dos terceras partes de la población para obligar al resto á comprarnos paraguas.

En aquel punto, un hombre gordo que estaba en el centro del gran recinto, subió á la tribuna.

—Pido, gritó, una guerra contra el gobierno de la República de Esmeralda, la cual les disputa insolentemente á nuestros cerdos la hegemonía de los jamones y salchichas en todos los mercados del mundo.

—¿Quién es ese legislador? preguntó el Doctor Obnubile.

—Es un traficante en cerdos.

—¿No hay oposición?—dijo el Presidente.—Se abre la discusión.

La guerra contra la República de Esmeralda fue votada casi por unanimidad.

—¿Cómo?—dijo Obnubile al intérprete.—¿Votan ustedes una guerra con esa precipitación y esa indiferencia?

—¡Oh! esa es una guerra sin importancia, que costará apenas ocho millones de dollars...

—¿Y hombres?...

—Los hombres están comprendidos en los ocho millones de dollars...

Entonces el Doctor Obnubile se apretó la cabeza entre las manos y pensó amargamente:

—Puesto que la riqueza y la civilización producen tantas causas de guerra como la pobreza y la barbarie; puesto que la demencia y la maldad de los hombres son incurables, sólo una buena acción puede hacerse: juntar la dinamita suficiente para volar este planeta. Cuando ruede hecho trizas por el espacio una mejora imperceptible se habrá realizado en el Universo, y experimentará una inefable satisfacción la conciencia universal... la cual, por otra parte, no existe.

ANATOLE FRANCE.

PÁGINAS EXTRANJERAS.

TRAD. ESPECIAL DE EL COJO ILUSTRADO.

[1] De *La Isla de los Pingüinos* traducimos este fragmento satírico, claramente alusivo á los yankis.

AÑO NUEVO

—

Canta trovador! A la nueva impresión que emerge del tiempo y de la vida y acude allí donde fugitivos dones y mudanzas sintetizan el aura de una época, acaso es la vaga silueta del año, que allá en el fondo de los espíritus simboliza esperanzas, encarna quimeras y dulcifica ternuras!....

El tiempo, ese viejo halagador que baja á la eternidad y que luego aparece en el horizonte luciendo el iris de su sortilegio, ayer como un lamento disfrazado nos dijo sus tristezas silenciosas; hoy como una realidad que se festeja nos presenta sus risueños secretos. Ahora la humanidad festiva y soñadora ríe y se entusiasma invocando el placer en este momento del destino, en que los pesares que enervan se ocultan con las ansias que el alma se formula, en que á la silenciosa tranquilidad sucede la procesión que pasa preludiando sus cánticos profanos á la edad nueva, de anhelos y dulzuras, de amores y promesas.....Por eso, el año nuevo, al surgir del seno de la existencia, si nos lleva á la consideración dolorosa de nuestro pasado vivido, tal vez amarga, ó dulcemente, ó á cubrir con el sudario del olvido

nuestras primeras impresiones, tiene mucho de sugestión para todos los seres y para todas las cosas.....

¡Año nuevo! Viajero que vemos sonreír allá en la infinita dilatación del porvenir, que viene con venturoso halago á traer la primicia que á todos sugestiona; él toca á la puerta de cada hogar con aplacientes y soñadores rodeos; allí donde la buena suerte prendió su estrella de vivísima luz, el año nuevo es una conquista que se ensalza y se bendice; allí donde la desgracia sembró su semilla dolorosa é impía, el año nuevo es mensajero de misericordia porque fortalece con su ilusoria perspectiva y da vigor con su mañana prometido; allí donde las angustias del dolor humano, como sierpes se esconden inclementes, el año nuevo vivifica con su ilusión de benévola conformidad; allí donde se aguarda una venturosa realidad, el año nuevo es la caricia de ese símbolo que se llama esperanza.

Sin embargo, cada año, como una advertencia del tiempo, nos trae con su invisible poderío verdades que se silencian y se guardan allá en el fondo del corazón. Ya la que era hermosa el tiempo con mágica rebeldía le disipó el hechizo que la hacía digna de excepcional admiración; la que sonreía á la plena primavera de la juventud, mira que líneas inoportunas quebrantan la tersura de su frente; la que vivía de la plácida ventura de un ideal, hoy siente el rigor de un desengaño como una consecuencia dolorosa...Entonces la nueva edad sintetiza una tristeza ó una amarga consideración, pero siempre una caricia de halagadora conformidad envuelve el signo festival del año nuevo.

El pasado–ese huésped muerto que nos visitó ayer,–tiene para la imaginación sus graves reminiscencias y sus nostalgias infinitas; en él comulga nuestra memoria vertiendo en la copa del recuerdo el néctar ó el acíbar que han hecho dulce ó amarga la pasada edad; nuestra adolescencia ensoñadora ya dejó en él la juvenil ternura de su primera impresión; muchas flores del alma, mortecinas y dispersas, ya su mano poderosa las sepultó en la tumba del olvido... Cuántas ilusiones idas! Cuántas esperanzas que vinieron á arrullarnos en horas de apacible quietud, ya no llegan á besarnos en la frente!

Y mientras la procesión festiva, pasa preludiando sus cantos á la edad nueva, ¡canta trovador!, entona tu canción de amores al aura de la época, pues que viene la vaga silueta del año, que allá en el fondo de los espíritus simboliza esperanzas, encarna quimeras y dulcifica ternuras!.....

FRANCISCO GONZALEZ LUGO.

Caracas.



LA GOTA DE LECHE.—Preparación y distribución de la leche



LA GOTA DE LECHE.—Edificio de la Institución

INFORMACION LITERARIA Y ARTISTICA

Rafael Altamira y los estudiantes bonaerenses

El profesor español Rafael Altamira estuvo hace algún tiempo en Buenos Aires, y dió una serie de conferencias acerca de la «metodología de la Historia». Bien que ese sistema de establecer la confraternidad entre los países latinos de Europa y los de América no haya dado hasta hoy en día los resultados que se apetecen, no dejarán sin duda de tener bastante influencia, por lo menos en el ánimo de las personas cultas. Hasta ahora sólo han disfrutado de ese honor de los conferencistas la Argentina y México: naturalmente, pues son países con universidades y gobiernos ricos, que pueden permitirse el lujo de pagarles en buenas monedas, á estos generosos intelectuales, el trabajo que se toman de atravesar el Atlántico para dar varias conferencias, oír muchos aplausos y comer sólido en unos cuantos suntuosos banquetes. Por lo demás esta moda no es más que pura imitación de los yanquis. Por otra parte, es natural que se pague con esplendidez á los conferencistas, cuando vienen á la América del Sur, pues si se ha de pensar conforme al criterio que priva en Europa, aun en la misma España, nuestra más próxima parienta, y entre las personas cultas, acerca de nuestros países, á esos señores no les debe de llegar la camisa al cuerpo, temiendo que los fusile un general revolucionario, los devore un caimán ó se lo coman los antropófagos. Siquiera se gana que esos señores se desengañen de todas esas patrañas que corren como cosa cierta en Europa.

La prensa de la Argentina habla del desinterés del señor Altamira. Entendemos que éste no cobró las sumas fabulosas que el señor Blasco Ibáñez por sus trasnochadas conferencias ó el señor Anatole France por las suyas sobre Rabelais, asunto que tiene, sin duda, alto interés artístico pero ninguno para la Argentina, nación pecuaria. Eso recomienda al señor Altamira como hombre de buena voluntad y poca avaricia. Justo, por lo tanto, es el homenaje que los estudiantes de Buenos Aires se preparan á hacerle al diserto conferencista: como un recuerdo de su paso por la tierra del Plata le regalarán una casa en la ciudad de su residencia, en España. Aunque embolsarse unos cuantos miles de pesos por sus trabajos intelectuales y por aquellas fatigas de que hablamos antes, ha de ser cosa grata, más grato será, sin duda, para el historiador hispano este homenaje de espontaneidad, que demuestra cómo su presencia y sus lecciones supieron despertar verdadera simpatía en su auditorio de gentes extranjeras.

BIBLIOGRAFIA

Alfredo Arvelo-Larriva.—"Sones y Canciones".—Empresa El Cojo.—Caracas.—1909.

El volumen de *Sones y Canciones* viene á consagrar definitivamente la reputación cada día más vasta y brillante de Arvelo-Larriva. Desde sus primeras poesías, publicadas hace pocos años, supo éste atraer la atención de las personas entendidas y revelarse como poeta exquisito y hábil. Trágicas contingencias de la vida lo llevaron luégo á una prisión, donde su juventud inquieta, sus ansias imposibles de actividad y

de vida florecieron en hermosos poemas, que son los que hoy forman este volumen. Parecerá sin duda raro que en medio á las angustias, desazones é incomodidades de la prisión, encontrara su espíritu el vigor y la calma necesarios para componer poesías que requieren bastante paciencia en el desempeño y ciertos joviales estados de espíritu para la concepción; mas la ejecución misma de algunos poemas y la esencia de otros, demuestran en él no sólo inquietud sino amargura, y que encaminado el caudal de sus fuerzas espirituales por el arcaduz de la poesía, habían de resultar las más de sus composiciones impresionantes á fuerza de emoción intensa y comunicativa.

La técnica de Arvelo Larriva, sin ser acabada ni perfecta, es de hábil versificador, y abunda en audacias que asombrarán acaso á más de un crítico, aunque son en su mayor parte de aquellas que van entrando ya como cosa corriente en la métrica castellana. Usa con el mayor desenfado los encabalgamientos, no sólo entre dos versos de una misma estrofa, sino entre el último de una estrofa y el primero de otra, lo cual produce un efecto de cansancio, de alargamiento desagradable de la pronunciación, ya acostumbrada al reposo rítmico de cada estrofa. Esta licencia—ya que así viene llamándose—produce efecto más deplorable cuando se emplea entre una y otra de las estrofas de un soneto, modelo clásico de moderación y de orden, y que de esta guisa viene á perder el ritmo ya establecido del conjunto, aquel desarrollo mesurado y harmónico de sus catorce versos. Con todo, un versificador hábil suele salir airoso de los más peligrosos intentos; y así le ocurre á Arvelo-Larriva que ha logrado componer muy hermosos sonetos, como el primero de *Cosas de Pájaros*, aun con el grave y pesado inconveniente de esta licencia, que en muchas ocasiones es no sólo importuna, sino difícil de usar cabalmente, lo cual acaso podría inclinar á los críticos á conjeturar que el autor de *Sones y Canciones* usa de propósito deliberado, y como recurso más retórico que métrico, de estas formas.

La aliteración es igualmente uno de los recursos que más prodiga Arvelo-Larriva. En este volumen abundan las muestras de aliteraciones, hermosas y oportunas algunas, las más—justo es confesarlo;—afectadas é inútiles las otras. En muchas ocasiones diríase que se trata de un capricho verbal del poeta; pero comoquiera que sea, demuestra una cualidad óptima en él y es la de detenerse largo tiempo á escoger las palabras de sus versos. El urdir una de esas combinaciones equivale á un ejercicio lexicográfico de muy fecundo y amplio provecho para poeta del numen de Arvelo:

Y cuando suena suave su musical exordio
la floja flauta flébil en la fluvial floresta,
agrega el agrio grillo su agreste monocordio

Música híbrida.

romperá cual si fuera frágil vaso
la madre el madrigal madrugador.

Serenatas de provincia.

un rudo labrador de barbas bárbaras

Encuentro rústico.

Las citas podrían multiplicarse sin mayor esfuerzo. Y no sólo se limita el poeta á juntar combinaciones silábicas de sonoro parentesco, sino que gusta de repetir una misma palabra, con la insistencia del que trata de llamar la atención hacia el concepto que dicha palabra encierra. O en el curso de un solo verso introduce dos consonantes, que suelen darle al verso una lentitud difícil ó angustiosa. Mas nunca llega al retruécano, si no es incidentalmente, como en el soneto *Lis, Boa;* ni su poesía se presta á los juegos de palabras fútiles con intenciones de equívocos.

Arvelo-Larriva emplea lo que se ha llamado el «semi-consonante» en castellano; y que aunque usado con parsimonia por las mayores autoridades clásicas, ha sido considerado hasta hoy como una licencia cuyo empleo debe ahorrarse cuanto sea posible. Los nuevos poetas españoles suelen usarla, y Enrique Díez Canedo la ha defendido:

Ella sonríe sonrojada..... Pero
de improviso aparece en el sendero
un rudo labrador de barbas BÁRBARAS.

Brilla en sus ojos paternal sospecha.....
Y la fontana próxima, deshecha
en risa, corre como haciendo GÁRGARAS

Encuentro rústico

Aquí el lector de oído poco avisado no se percatará de que *bárbaras y gárgaras* no son apenas sino semiconsonantes: los dos versos intermediarios impiden que se perciba la vaga diferencia entre los dos finales. Por donde se ve que en este caso el semiconsonante cumple á cabalidad su papel de substituir al consonante con eficacia.

Las consonancias en los versos de Arvelo-Larriva son ordinariamente nobles, muchas veces extrañas. A nuestra lengua se le ha acusado de una pobreza de consonantes desconsoladora, acaso sin tener en cuenta que todo el Teatro español es una maravilla de versificación dificultosa, realizada con inaudita facilidad. Los poetas españoles y americanos del siglo pasado, hasta la aparición del movimiento llamado modernista, parecían empeñados en demostrar esta miseria del español, con muy contadas excepciones, valga aquí la de Bretón de los Herreros. Arvelo busca y encuentra la rima rara, que al prestigio de una sonoridad aparente júnta el de una novedad halagüeña para el oído. El único peligro que á ocasiones presenta este propósito en un poeta es defraudarle frescor y suavidad á las poesías, por el amaneramiento que fácilmente resulta del empeño cuando tal vez se realiza á destajo y por prurito de sostener á todo trance el carácter extraordinario de la rima. Mas el autor de *Sones y Canciones* ejecuta con sana y amena discreción su intento, y sólo rarísima vez podría tachársele de rebuscado en la elección de los consonantes. La pulcra nobleza de su estrofa anda por lo común suelta, holgada y fácil, con la serena comodidad de una princesa á quien no estorban galas ni arreos espléndidos, acostumbrada desde su nacimiento á las magnificencias del lujo.

Cuanto á orientación intelectual y moral, Arvelo-Larriva anda un poco alejado de las corrientes que guían el espíritu contemporáneo en nuestros países. Enemigo de los valores morales en curso, busca en el equilibrio de las facultades, en la conformidad de la acción ejecutada con los íntimos impulsos del temperamento y las inclinaciones del instinto, en la paz de la conciencia, dígase, para hablar con expresiones consagradas por el uso de todo el mundo, la clave de una moral, variable naturalmente con los individuos como se sabe que varía según los pueblos. Semejante criterio, que no conceptúa nada censurable si no es lo hipócrita, es decir, aquello falso en la conciencia del propio individuo y que éste se empeña en presentar como loable y óptimo y digno de practicarse en la vida, no cobra, naturalmente dentro de los términos de la poesía lírica en que el autor lo encierra, aquellos caracteres de prédica revolucionaria y peligrosa para el orden establecido en las sociedades, que pudiera asumir puesto al servicio de un filósofo, de un moralista, de un militante de las ideas prácticas. Conservadas en la región del entusiasmo lírico, del apolíneo furor que las reviste con traje de lindas palabras y sones dulces, tienen sólo una apariencia de gritos desordenados que cohonesta y justifica la actitud angustiosa del poeta y el irrefrenable delirio de la inspiración.

Libro de versos y de juventud es por ley natural libro de amor. En *Sones y Canciones* predomina precisamente éste como sentimiento, instinto y emoción de los poemas. Mas ya no es el amor delirante y sin objeto de los románticos, lleno de huecos discursos, de metafísicas y de conceptos enrevesados, amor como para confesado en público en una asamblea de poetas y de damas sabihondas, sino el fresco y brutal amor de los idilios primitivos, el de Dafnis y Cloe, el de los Oarystis ó ése otro que ondula cauteloso y cruel como una serpiente por las frondas complicadas de algunos poemas modernos de Swisburne, ó de Régnier ó de Gabriel d'Annunzio. Amor que ha sido llamado enfermizo por el exceso de estudiada, fina y sabia voluptuosidad que en ellos se desborda, como el aroma en una copa de vino fuerte; cuando quizás los calificativos de mórbido y anormal sólo obedecen á que quienes los aplican sienten con sistema nervioso más sencillo, y lo que escapa á sus nervios ó les parece inusitado y extraño se convierte para ellos, no sólo en señales de desvaríos del sensualismo, sino en enrevesada y mortal depravación.

No se crea por eso que Arvelo-Larriva prefiere para sus cantos esta segunda manera, la del amor moderno: ni piensa penetrar ciertos misterios ó extravagancias contemporáneas. Antes por el contrario, sus versos desbordan en impulsos de sana, pujante y hasta jovial sensualidad. Sus idilios, en la esencia, son clásicos. Ama como pudiera un joven fauno el bosque primitivo, descuidado y juguetón, que descansa de la persecución de las ninfas, comiendo uvas obscuras, henchidas de jugo, al claro sol de primavera que dora sus cuernos maliciosos y calienta su piel. El siniestro personaje vestido de negro que anda por los poemas románticos con los brazos cruzados sobre el pecho, truculenta la mirada y en el alma la muerte por los desdenes de alguna Elvira, ó María, ó Irene, no aparece en este libro. Con todo, la verdadera y real desgracia que se ha abatido sobre el poeta, lo obliga á evocar en ocasiones con pesadumbre resonante, cuentos de viejos amores que llegan á la memoria como el mayor dolor: «el de recordar en tiempo de infortunio las venturas pasadas». Pero las mismas visiones amorosas que pasan en ronda fugaz y dulce por las páginas del libro, nunca despiertan las negras voces del desesperamiento, ni evocan lúgubres ideas: son como un consuelo, como una unción sedante para el alma del poeta: alma fuerte.

La voluntad viril y vigorosa de la vida, que encuentra halagos aun en los espectáculos menos amables, indica una evidente conformación para el entusiasmo y para la acción. La ironía, la cólera y el desdén que agitan de vez en cuando algun poema, son clamores de la misma voluntad de vivir, confinada é inerte tras las rejas de una cárcel, y que estalla en rimas, en explosiones de sensualidad, de entusiasmo, de amor y de odio, así como suelen las aguas, aquí obliteradas por la capa de terreno impermeable, brotar más allá con ímpetu vivaz y fresco, al claro rubor del día.

Este libro coloca á Arvelo-Larriva entre los más afortunados poetas jóvenes de lengua castellana. Sin duda muchos atributos, que ya posee excelentes, mejorarán y se acendrarán con el tiempo, supremo artífice de artistas; y entonces podremos enorgullecernos con justicia de poseer entre nosotros un legítimo poeta de la casta preciosa de los que fueron al propio tiempo grandes y exquisitos, fuertes y delicados....

HISTORIA DEL ARTE

POR MEUNIER

—

(Traducción de Feder Spiegel)

—

(Extracto, en la parte que se refiere á la pintura y la escultura)

—

EL ARTE

Se llama bellas artes á todas las obras humanas que se dirigen al espíritu, al mismo tiempo que á los sentidos, por medio de las palabras, de los sonidos, de las líneas ó de los colores. Por esto, la poesía y la elocuencia, que se traducen por palabras, pertenecen á las bellas artes del mismo modo que la música que se expresa por sonidos, que la arquitectura y la escultura que se manifiestan por líneas, y que la pintura, en fin, expresada por los colores. Las definiciones que se han dado de las bellas artes, son por otra parte, tan numerosas y variadas como el punto de vista desde que se las mira. De aquí que los filósofos las han considerado con relación al *tiempo* y al *espacio*, los críticos respecto á la *materia* y á la *fuerza*, y con más razón, quizás, los estéticos modernos las han examinado considerando la interpretación de la naturaleza por el artista creador: éstos han procurado definir la propia esencia de la creación artística.

Preciso es reconocer, sin embargo, que es dificilísimo llegar á una definición absoluta y encerrar en una fórmula, cosa tan compleja como el Arte.

*

Sólo la escultura ha llevado durante largo tiempo el nombre de arte *plástica*, porque ella solamente representaba la forma con su relieve real. Actualmente, sin embargo, se ha extendido la significación de la palabra plástica y nos servimos de ella para designar las artes que expresan la forma con un relieve real ó figurado, por lo que las artes derivadas del dibujo, que se expresan por medio de líneas, se llaman artes plásticas, con tanta propiedad como la escultura y la arquitectura.

El arte es desinteresado, mientras que la industria busca lo útil; se admira una obra de arte, sin preocuparse de su aplicación y solamente porque es bella; pero se busca el destino práctico de un objeto industrial.

Algunas veces, en lo que se llama *artes industriales*, se unen el arte y la industria para hacer resaltar por el gusto el carácter práctico de un objeto. Pero si esta conjunción sirve para dar un sello particular á la industria, debe considerarse como degradante para el arte cuyo carácter es la independencia absoluta.

Se puede definir el arte diciendo que es una representación plástica cuyas formas están tomadas de la naturaleza, á la que el hombre añade sus propios sentimientos que despierta en nosotros la idea de lo Bello.

La naturaleza, por sí sola, no sería bastante para evocar en nosotros este sentimiento; es preciso que el artista ponga en ella algo del alma humana. Por esto Bacón dijo que el arte es «el hombre añadido á la naturaleza.»

Lo Bello es precisamente el sentimiento provocado en nosotros por la contemplación de una obra de arte. Platón ha dicho: «Lo Bello es el resplandor de lo Verdadero.» Este sentimiento se aplica á los objetos más variados: la escultura lo despierta en nosotros con la ayuda de las formas y las actitudes, la pintura por la imitación de los colores sobre un mismo plano, la arquitectura por la armonía de las líneas. La literatura también nos da el sentimiento de lo Bello, porque habla á la vez á nuestras inteligencias, á nuestra imaginación, á nuestros oídos, á nuestra sensibilidad, por la exactitud de las ideas, por el brillo de los cuadros y la representación de las pasiones. Así es como una hermosa tragedia de Racine nos conmueve por la grandeza de los pensamientos, la violencia y la fuerza de las pasiones, al mismo tiempo que nos encanta por la cadencia y la armonía de los versos.

Por los sonidos que hieren nuestros sentidos, la música obra sobre nuestras almas, sobre nuestra imaginación, disponiéndolas á ciertos sentimientos, á ciertos pensamientos. De este modo la música de Mozart nos conmueve profundamente y nos proporciona con su melodía la visión de ciertas escenas.

Pero el sentimiento de lo Bello se despierta también por hechos que no son del dominio del Arte. Así, algunos descubrimientos de la ciencia, la concepción de ciertos grandes sistemas filosóficos nos penetran de la idea del poder, del genio del hombre y arrebatan completamente nuestra alma. Estos descubrimientos, estas concepciones nos conmueven tánto como tal ó cual hermoso poema, tal ó cual maravilla de la arquitectura.

El sentimiento de lo Bello no puede ser espontáneo en todas las personas; ES PRECISO DESPERTARLO SOMETIENDO LA INTELIGENCIA Á UNA EDUCACIÓN ESPECIAL QUE SE LLAMA *estética*.

La estética es, por consecuencia, la ciencia de lo Bello estudiado en su esencia y en sus efectos sobre el alma humana. Nos enseña cuál es el carácter y cuáles los límites y las formas (lo sublime, lo bonito, lo gracioso, lo delicado); deduce por la comparación de las obras de arte de todas las épocas; investiga, en fin, si el objeto del arte es la imitación exacta de la naturaleza, ó, por el contrario, la traducción de un pensamiento, de un sentimiento, la sumisión de la forma á la idea, el embellecimiento de la naturaleza por el ideal concebido de antemano. La estética se esfuerza, en una palabra, en determinar si el arte debe ser realista ó idealista.

En otros términos, la cuestión puede formularse del siguiente modo: el fin último del arte ¿es copiar la naturaleza (realismo) ó representar las ideas de la razón, transformando los materiales ofrecidos por la naturaleza (idealismo)?

Es difícil de resolver esta cuestión, porque, por una parte, hay que reconocer que el fin más noble del arte consiste en la expresión del pensamiento, y, por otra, hay que aceptar como cierto que *el objeto general del arte es la imitación de la naturaleza*. Vense grandes artistas, como los de la antigua escuela alemana ó como Rembrandt, combinar en sus obras, las doctrinas realistas é idealistas. Es, pues, difícil tomar partido, *a priori*, por la una ó la otra de estas doctrinas: la perfección y la belleza de una obra dependen del genio de tal ó cual maestro, más bien que la escuela en que milite.

El *estilo* es la expresión personal que da cada artista á su obra: es, en cierto modo, la imagen y el reflejo de su temperamento artístico.

La *manera* es el conjunto de procedimientos por los que los artistas secundarios pretenden adquirir la *factura* de los maestros para producir la ilusión de un estilo. La manera conduce al *convencionalismo* insípido y monótono, como, por ejemplo, el arte académico en Francia, bajo Luis XV.

*

Se llama técnica de un arte el conjunto de prácticas manuales de este mismo arte, es decir, el conocimiento de los materiales que emplea, útiles de que se sirve y de los descubrimientos de los que él mismo es consecuencia. El conocimiento de la técnica nos enseña que los caracteres de la *forma*, ó dicho de otro modo, de los estilos, cambian con los materiales. Si Egipto, por ejemplo, hubiese tenido el mármol de Grecia en vez del basalto, su escultura se hubiese modificado profundamente; del mismo modo, la técnica nos hace comprender el mérito de una obra de arte por las dificultades de *ejecución* que presenta. Nos enseña también el alcance de un descubrimiento, como por ejemplo, la pintura al óleo en la evolución misma del Arte.

*

El que desconoce la historia no puede en efecto, comprender una obra de arte, reconociendo todo su mérito. Así un holandés que no hubiese visto más Cristo que el de Rembrandt, cuyo aspecto pesado y cuya fisonomía recuerdan los tipos de Holanda, no comprendería la elegancia, la gracia, la noble y sencilla belleza de un Cristo de los maestros italianos del siglo XVI, si se pusiera ante una de estas obras maestras, sin la preparación histórica necesaria para apreciar las condiciones en que se han desarrollado aquella pureza de gusto y la molicie completamente pagana que caracterizan á Rafael, á Vinci y al Ticiano.

Para la buena comprensión de una obra de arte, no basta considerarla en sí misma. La obra de arte, como la literaria, es el resultado de la evolución de un pueblo llegado á un período determinado de su historia. Importa, pues, para juzgarla bien, conocer los gustos, las costumbres y la civilización de la época en que ha sido producida, y por consiguiente, relacionar el arte con la historia.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

Museo del Louvre: J. B PIERRE: AGLAURA CONVERTIDA EN PIEDRA.—La fábula griega, fecunda en temas y explicaciones y muchas veces complicada, cuenta que Cécrops, héroe legendario de los atenienses, tuvo tres hijas: Aglaura, Hersa y Pandrosa, habitadoras del santuario sobre el Acrópolis. Palas Atenea había recomendado especialmente á Pandrosa guardar el cofre en que estaba oculto el recién nacido Erictión, bajo la jurada promesa de que no lo abriría. Pero habiendo contravenido á la orden, furtivamente, las indiscretas hermanas de la doncella, fueron todas tres castigadas por «la diva de brillantes ojos» á perder la razón, desgracia que las impulsó á suicidarse arrojándose desde lo alto de las rocas de Acrópolis.

Para los atenienses, Aglaura era la personificación de la tierra fértil y de la luz brillante del cielo, significaciones preciosas que sintetizan la hermosura y riqueza de su pueblo, vencedor de naciones y padre del arte. Uno de los barrios de Atenas llevaba su nombre, y en ella poseía un santuario especial en que los jóvenes que habían tomado las armas prestaban el juramento de defender la patria. En el mito sagrado de los áticos, Aglaura, llevada por un celo divino, precipítase de las rocas de Acrópolis, una ocasión en que el oráculo reclamó este sacrificio por la salud de la ciudad.

En el grabado á que nos referimos píntase la interesante escena de Mercurio convirtiendo á Aglaura en piedra, por mandato de los dioses,—mostrando así de relieve una manera de representar el mito casi análoga á las que venimos de explicar.

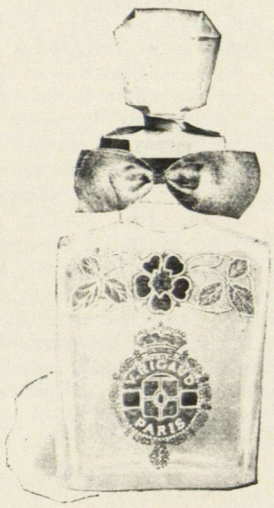
Marcos Stone: LA NOVIA DEL MARINO.—Acodada al banco de piedra que sobresale de la orilla, embebida en melancólicos recuerdos, la novia medita con la mirada triste fija en el horizonte marino. Añora sus ensueños de amor, en las manos el pañuelo que batiera los adioses trémulos y ardientes, vestida de blanco. Los dos paseantes vecinos atisban, curiosos.

Museo del Louvre: A. CANALETTO: VENECIA—La elegante ciudad de los Dux ostenta uno de sus perfiles más brillantes en el cuadro de Canaletto. El panorama que regala á los ojos esta bellísima impresión del natural no puede ser más harmoniosa y límpida. Mientras bajo una luz clara y serena, en las orillas bordadas de palacios y templos, resuenan el bullicio y el trajín popular, surcan los canales tranquilos barcas y góndolas.

Museo del Louvre: GREUZE: LA LECHERA.—Reclinada sobre la cabalgadura obediente y sumisa, es la joven campesina de una gracia bucólica, ingenua, en una dulce y clara evocación pastoral.

PARFUM

"DES ROSES"



V. RIGAUD. == PARIS

En las Principales Perfumerias

Tipos de Argelia: Los dos ejemplares que hemos escogido para el presente número—la morisca y el músico árabe—tomados de fotografías, son de una precisa y viva expresión.

Vistas nacionales.—Por el interés que revisten para nuestros abonados, publicamos en el presente número dos trabajos fotográficos de uno de nuestros colaboradores artísticos, representando la inundación ocurrida no hace mucho en Barlovento. Son dos vistas de los principales aspectos ofrecidos por los pueblos inundados.

La Gota de leche: SALA DE EXAMEN Y PESO DE NIÑOS. EDIFICIO DEL INSTITUTO. PREPARACIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE LA LECHE.—Ya son bien conocidos del público los eficaces resultados que ha empezado á ofrecer esta notable institución promovida por el distinguido amigo señor Doctor Juan de Dios Villegas Ruiz y cuyos primeros trabajos se han llevado á cabo bajo la excelente dirección de un grupo de damas y caballeros de lo más honorable de nuestra sociedad, con el piadoso fin de proporcionar á los niños pobres el necesitado alimento en condiciones fáciles é higiénicas, propendiéndose en cuanto sea posible á su cuidado y socorro, conforme el progreso del Instituto lo vaya permitiendo.

Como una demostración del aplauso que tributamos espontáneamente á la benemérita asociación, damos en este número varias fotografías á ella referentes, que pueden dar idea cabal de los buenos resultados que viene implantando en favor de la clase proletaria, así como también el edificio en que se ha instalado.

SUELTOS EDITORIALES

Propaganda artística.—Nuestros distinguidos amigos los señores Navarro & Cª, dueños de los conocidos talleres fotográficos situados en la esquina de San Francisco, han organizado desde el primero del corriente mes un Salón de Exposición permanente, en el cual se exhibirán á más de sus propios trabajos artísticos al óleo, pasteles, creyones, etc., las producciones y trabajos de artistas que quieran contribuír á la exhibición, proporcionando así una gran facilidad de propaganda y de venta á la vez.

A muchos merecidos aplausos tienen derecho los señores Navarro & Cª, por esta demostración que hacen en favor de la vulgarización y del progreso artísticos, á los cuales se necesita en grado muy alto dar pábulo entre nosotros, para que su adelanto y eficacia respondan debidamente á las exigencias de la civilización. Por eso no dudamos que muy pronto podrán ver coronando notables éxitos ese empeño laudable y generoso que han empezado á poner por obra, ya que la ayuda del público y de nuestros artistas seguramente no se hará esperar.

Historia del Arte.—Ya nuestros lectores se habrán impuesto, por nuestros estimados colegas *La Religión* y *El Universal*, de la controversia habida entre aquel distinguido órgano de la prensa y el Director de esta Revista, con motivo de la publicación en nuestro número de Año Nuevo del cuadro de Desportes, *Aurora del año*.

Esa controversia terminada ya, nos ha sugerido la idea de comenzar desde esta misma edición del quince, la inserción en nuestras columnas de un extracto de la *Historia del Arte*, de Meunier—en lo que á la pintura y á la escultura concierne—y que sin duda alguna será de mucho interés para nuestros abonados.

Crédito territorial.—Así se titula el folleto contentivo de la tesis presentada por el señor Ernesto A. Solís para optar al grado de Doctor en Ciencias Políticas. Es un interesante trabajo científico, pues que tiene el mérito de dirigirse á la contribución del estudio económico de la República, en el sentido de paralizar la depreciación de la propiedad territorial en Venezuela por medio de un Banco Hipotecario, viniendo así su joven autor á afirmar la buena reputación granjeada ya en las primeras tareas estudiantiles.

Le felicitamos muy sinceramente por este buen triunfo de su inteligencia y capacidad.

Notas de duelo

Señor Alfredo Jahn.

Con motivo del fallecimiento de este apreciable caballero, digno de muchos gratos recuerdos por su honorabilidad, presentamos un muy sentido pésame á sus deudos, entre los cuales se cuenta el distinguido señor Doctor Alfredo Jahn Jr.

Señora Micaela Rodríguez de Alcuña.

También ha dejado de existir recientemente esta honorable señora, honra y prez de la sociedad de que fue miembro muy distinguido. Damos á sus deudos nuestras más condolidas manifestaciones.

UNGÜENTO RESINOL

Y

JABON RESINOL

Son joyas en valor higiénico y maravillas de efectividad para el propósito para los cuales estan recomendados. Son indispensables en el tocador y enteramente gustados por aquellos que aprecian un rostro bello, hermoso pelo y un cráneo exento de caspa.

Si es usado juiciosamente y á tiempo, toda forma de enfermedades cutáneas podrian ser curadas desde su principio por el Unguento Resinol.

Como una aplicacion á quemaduras, tiñas, é inflamaciones de la piel, es lo mejor de su clase.

Tanto el Jabon como el Unguento debian guardarse en el ajuar de la casa, el primero para el baño diario y el segundo para aquellos accidentes que puedan ocurrir.

JABON (Medicinal) RESINOL PARA AFEITAR

(En caja de Niquel)

es la "Crema de Luxe" de los Jabones de Afeitar. Su espuma suave y espesa y la sensacion fresca y agradable que proporciona al cutis lo recomienda especialmente a hombres distintivos. Y, uniendo a todo esto, las propiedades sanativas y antisépticas del Unguento y Jabon Resinol, hace que el uso de lociones calmantes sea innecesario e imposible la irritación que ocasiona la navaja despues de afeitar.

De venta en todas las farmacias y droguerias acreditadas de Venezuela.

RESINOL CHEMICAL Co.

Baltimore, MD. E. U. A.

EL PRIMER TOMO DE LA

"Historia Contemporánea de Venezuela"

POR EL DR. FRANCISCO GONZALEZ GUINAN

Está á la venta en

LA EMPRESA EL COJO

y en LA LIBRERIA ESPAÑOLA

Precio para Caracas ..... Bs. 10

" " el Interior ..... Bs. 12

Una reina de mal genio

El país cuyos habitantes tienen el carácter más plácido del mundo está regido por la soberana de más mal genio que se ha conocido en Europa. Desde su niñez, la reina Guillermina de Holanda dió muestras de ser obstinada, voluntariosa é impaciente en grado sumo, condiciones heredadas, acaso, de su padre, hombre de carácter violentísimo.

De la reina madre se refiere que en muchas ocasiones se vió obligada á engatusar á su hija con juguetes y golosinas, para evitar que fuese con cuentos al rey y éste descargase sus furores sobre su esposa.

Al fallecer el monarca, Guillermina estuvo alicortada durante algún tiempo, porque el mando pasó á manos de la madre, pero la joven no olvidó ni permitió que los demás olvidasen que ella era la reina.

Sus sirvientes y cortesanos viven con el alma en un hilo, temiendo las iras de la pequeña soberana. En cierta ocasión, se enfadó con una dama de la corte, y ésta impresionada por el disgusto se permitió criticar á la reina, hablando con una amiga que había venido á Palacio á visitarla. Cuando se hallaban conversando, entró Guillermina en el aposento y entreoyó parte de la conversación.

Encendida de cólera, cayó casi de un salto entre las interlocutoras derribando una silla que encontró en su camino, las mandó que se marchasen y no volviesen á poner los pies en Palacio.

En una de las sesiones en que sirvió de modelo al famoso pintor Lenbach que estaba haciendo su retrato, se puso de mal humor por una modificación que el artista quiso introducir en el traje, y le dijo secamente:

—¡Pínteme como estoy!

El famoso pintor que tenía tan malas pulgas como la reina y que estaba acostumbrado á que le tratasen muy bien, se puso de pie y respondió con arrogancia:

—Su Majestad podrá mandar en sus súbditos: pero yo soy alemán.

Y recogiendo su paleta y sus pinceles se marchó.

En 1898, cuando la reina Emma cesó en la regencia, Guillermina entró en plena posesión del mando y con ello coincidió una agravación de su terquedad. En primer lugar se negó á reconocer que después de todo era una servidora de la nación y su primer magistrado. No quiso hacer las visitas de rigor á las cortes extranjeras, ni quiso admitir los consejos de sus ministros, y en una palabra, se negó á hacer todo lo que no fuera su santa voluntad.

La madre de Guillermina no tardó en comprender que no podía permanecer en la corte sin quebranto de su dignidad, y después de una escena más violenta que las que acostumbraba á tener con su hija, se fué á vivir sola.

Los Consejos de ministros presididos por Guillermina, rara vez terminan sin una manifestación del mal carácter de la reina, y disgustó á su pueblo casándose con un príncipe alemán.



EMULSION DE SCOTT

Protectora de los Niños

La EMULSION DE SCOTT es tan necesaria para las criaturas que nacen delicadas como lo es la misma leche para la nutrición y desarrollo de los niños en general.

Los niños que toman EMULSION DE SCOTT se crian gordos y fuertes, están exentos del Raquitismo y de la Escrófula, y bien protegidos contra el ataque insidioso del Crup y de la Tos Ferina, de la Fiebre Escarlata, Sarampión y otras enfermedades malignas que generalmente escogen sus víctimas entre los niños de constitución delicada.

NO CONTIENE ALCOHOL, GUAYACOL, CREOSOTA NI NINGUNA SUBSTANCIA NOCIVA O IRRITANTE.



Sin esta Marca Ninguna es Legítima

N

Los recuerdos de la Maison Dorée

El edificio de la Maison Dorée, el restaurant famosísimo cuyo nombre figura en todas las novelas del período romántico que tienen por escenario á París y por personajes á los elegantes, cobija desde hace algunos días en sus dorados salones á una prosaica sucursal de Correos y Telégrafos.

Sic transit gloria mundi.

La Maison Dorée en sus comienzos fue, sobre todo, el punto á donde acudía para cenar la gente más selecta, y allí se pasaba la noche en alegre animación, especialmente en el gabinete número 6.

Grandes señores, como el príncipe Demidoff, el duque de Morny, el duque de Grammont-Caderousse, el príncipe Murat, el marqués de Caux se reunían allí con las bellezas más célebres y más turbulentas. En los salones del entresuelo se divertían de lo lindo, y el duque de Hamilton, conocido por su vida de noctámbulo, se mató rodando la escalera que conducía al piso, una vez que bajaba á tomar su coche al amanecer.

A Alejandro Dumas se le veía allí con Néstor Roqueplan y el amable conde de Briges, á quien Dumas hijo tomó por modelo en «El amigo de las mujeres».

En las cocinas del restaurant confeccionó Alejandro Adumas algunos de los platos de que se declaraba inventor, bajo las miradas enternecidas de Casimiro, el más apreciado de los cocineros de París.

El «maitre d'hotel», Luis, no era menos popular entre los parroquianos, cuyas pesadas bromas aguantaba con filosofía, sabiendo que á ellas seguía una buena propina.

Uno de los clientes le echó un día por la cabeza un «consomé» frío, y el camarero exclamó sin pestañar:

—Llevo peluca.

Comprendida la indirecta de la invitación al pago del daño, el cliente respondió con un billete de Banco.

Cuando estaban á medios pelos, los comensales hacían apuestas extravagantes y cometían grandes locuras. Karloff, por ejemplo, ofreció ochocientos francos al conductor de una máquina de apisonar por llevarle con sus amigos desde la Maison Dorée á la Magdalena. El conde Tolstoi, menos enemigo entonces de la alegría ruidosa, se hacía notar por su animación. Las comidas eran más formales. Los gourmets acudían para saborear «la primera cocina de París», con una puntualidad admirable. Se señalaba la mesa en que Néstor Roqueplan se sentaba hacia las siete en compañía de Val de Suzenay, de M. de Raymond y del conde de Briges.

La mesa de Aureliano Scholl tuvo también su hora de celebridad. Era la mesa redonda en la cual se sentaron Guy de Maupassant, Albert Wolff, Hebrard y Arturo Meyer.

Después de una breve vuelta del éxito durante la Exposición de 1900, la Maison Dorée se cerró.

LAS GOTAS CONCENTRADAS DE

HIERRO BRAVAIS

(FER BRAVAIS) *Son el remedio el mas eficaz contra*

DEBILIDAD, FALTA DE FUERZAS, EXTENUACION

ANEMIA, CLOROSIS Y COLORES PALIDOS

El Hierro Bravais carece de olor y de sabor. Recomendado por todos los médicos

NO COSTRIÑE JAMÁS. NUNCA ENNEGRECE LOS DIENTES.

Desconfíese de las Imitaciones. — *En muy poco tiempo procura:*

SALUD, VIGOR, FUERZA, BELLEZA

SE HALLA EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS: *Depósito*: 130, r. Lafayette, PARIS

La ciudad gigante

Un curioso libro recientemente publicado demuestra que no en vano se enorgullece Londres de ser la ciudad más grandiosa del mundo. El número de sus habitantes llega ya á la cifra enorme de 7.527.196. Los funcionarios de policía encargados de mantener el orden entre tan estupenda aglomeración de seres humanos, son nada menos que 18.000. La administración de justicia necesita 551 magistrados. En Londres se cuentan 991.383 casas, 2151 millas de vía pública, y 127 de líneas tranviarias y 70 de líneas servidas por ómnibus. Todos los días se consumen en la inmensa metrópoli cerca de 600 millones de huevos y 160 millones de kilogramos de té. El diario consumo de agua asciende á 800 millones de litros. De carbón se gastan en un solo día 7 millones de toneladas. Entran en Londres 9.000 trenes cada veinticuatro horas. Durante el transcurso de un mes, llegan á Londres 10 millones de personas. El movimiento de viajeros en los ferrocarriles, ómnibus y tranvías, alcanzó en el año último el fabuloso total de 1.221.453.458. Más de 150.000 pobres reciben diariamente socorro de la beneficencia pública. En toda Inglaterra los menesterosos llegan casi al millón. Este alarmante pauperismo, ignorado por la mayoría de las gentes, que suponen que Inglaterra es el país de la abundancia, apenas puede ser atendido con las crecidas sumas que el Erario destina para los indigentes. Sólo en Londres se emplean 425 millones de francos en socorrer á los necesitados.

Medallas de Oro (VINO, CARNE (PEPTONA) y FOSFATOS) Diplomas de Honor
VINO DE BAYARD
ADOPTADO EN TODOS LOS HOSPITALES
Esto vino TONI-NUTRIVO, es el reconstituyente el mas activo.
Efficacia remarcable en la ANEMIA, la CONSUNCION, la TISIS
y en la alimentacion de los NIÑOS debiles y de los convalescientes.
Paris. COLLIN & Cie. rue de Maubeuge. 49. y todas farmacias.

LINIMENTO GENEAU
para los CABALLOS
Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos dias, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esguinces, Alcances, Moletas, Alifafes, Esparavanes, Sobrehuesos, Flojedades é Infartos en las piernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar llaga ni caida de pelo, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas.- PRECIO 6 fr. Depósito General: Farmia GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS
MARCA DE FABRICA



EL 2º TOMO DE LA
"HISTORIA CONSTITUCIONAL DE VENEZUELA"
POR EL DOCTOR GIL FORTOUL
Está ya á la venta en
LA EMPRESA EL COJO
y en LA LIBRERÍA ESPAÑOLA
Precio para Caracas ..... Bs. 10.
" " el Interior ..... Bs. 11.

EXIJAN Vds. sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.
Las PILDORAS Purgativas y Depurativas del Doctor DEHAUT se toman al comer.
Ningun Regimen. No mas Dieta. Las menos COSTOSAS pero las mas activas.

DOLORES DEL ESTÓMAGO
DIGESTIONES DIFICILES
Curacion Rapida
ELIXIR GREZ

Arqueología

Un niño, hijo de un arqueólogo, emplea en su conversación algunas palabras oídas á su padre y cuyo significado no conoce. El otro día le preguntaron por su abuela, y él respondió con aires de suficiencia:
—Tan prehistórica como siempre.

Pensamientos

Toda la grandeza del hombre está en el pensamiento.—*Pascal.*

Tengamos pensamientos de hombre y un corazón de niño.—*Reinick.*

El dolor de pensar es uno de los placeres más deliciosos que tienen las almas bien constituídas.—*Guillermo Vargas.*

Dudamos que sea posible tener una sola virtud verdadera, un solo verdadero talento, sin amor á la patria. -*Chateaubriand.*

El amor á la patria no conoce obstáculos; en donde existe, obra prodigios.—*Ségur.*

Hay horas en que la mejor manera de amar á la humanidad, es amar á la patria.—*Victor Hugo.*

El que no tiene ternura por su hijo, no puede pretender tener un verdadero amor por la humanidad.—*Julio Simón.*

Una mujer de Burdeos fue citada á juicio por haber declarado menos edad de la que realmente tenía al contraer matrimonio recientemente. El hecho constituía un delito de falsificación de documento público, pero el juez no la ha condenado, considerando suficiente castigo la divulgación de su verdadera edad.

Como el Golpe de una Puñalada

Esta es una descripción exacta del dolor agonizante de los "Cálculos Biliarios." Dolores de espalda, lumbago, y otras llamadas "enfermedades de los riñones" provienen generalmente de una **Vejiga enferma.** El remedio más seguro para una cura pronta y permanente de estas enfermedades es el que se vende bajo el nombre de

Cápsulas de Aceite de Haarlem
Medalla de Oro

Han sido tomadas por millones en todo el mundo durante más de 200 años. Léase como curaron á un hombre en dos noches:

Sábado Febrero 19 de 1909.

Muy señores míos: Tengo que manifestarles que sus Cápsulas de Aceite de Haarlem Medalla de Oro son la medicina mejor del mundo. Tenía dolores en la espalda por más de seis semanas; y después de tomar sus Cápsulas de Aceite de Haarlem por dos noches, ha desaparecido enteramente el dolor. No me cansaré de recomendarlas. Deseándoles buen éxito, Soy de Vds. amigo, etc., ANTONIO C. MORAN, Hastings-on-the-Hudson, N. Y.

Si alguna vez le han molestado á Vd. **enfermedades de la Vejiga,** y ya **tiene** ó **teme** los

CALCULOS BILIARIOS

cómprese una caja de Cápsulas de Aceite de Haarlem Medalla de Oro hoy mismo. Esté Vd. seguro de que lo aliviarán prontamente si tiene Vd. enfermedad de la Vejiga.

EN TODAS LAS BOTICAS

Propietarios: HOLLAND MEDICINE CO. - - - Scranton, Pa., E. U. de A.

DIGITAL UCAB

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (barba, bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**. 1 rue J.-J.-Rousseau Paris

Curiosidad bibliográfica

Dentro de breves días aparecerá en las librerías de Berlín un libro verdaderamente curioso. Se trata de una novela en 12 capítulos, cada uno de los cuales estará escrito por distinto autor. En la obra han colaborado los más prestigiosos literatos alemanes. Todos ellos se han esforzado en complicar el asunto de la novela, á fin de aumentar las dificultades del sucesor. Como los distintos autores no firmarán sus capítulos respectivos el editor ofrece premios importantes á los lectores que consigan acertar los nombres de las personas que han escrito cada uno de los 12 capítulos de tan original obra literaria.

NO MÁS
ACEITE DE HIGADO
de bacalao
TÓMESE EL
VINO GIRARD
de la Cruz de Ginebra



SUS HIJOS
SU ESPOSA
UD. MISMO
gozarán de mejor salud.

El VINO GIRARD es recetado por más de 30.000 médicos en la
ANEMIA
CONVALECENCIA
DEBILIDAD GENERAL
BRONQUITIS
Y PARA LOS NIÑOS cuyo crecimiento puede inspirar cuidados.

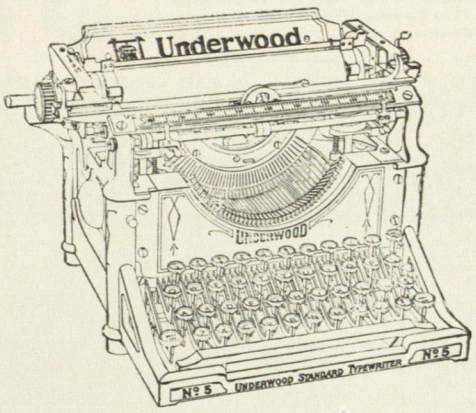
A. GIRARD, 22, Rue de Condé, PARIS
En las principales droguerías y farmacias.

Antes y después

Antes de su exaltación al solio pontificio, Sixto V iba encorvado por las calles de Roma. Y desde que fue Papa caminaba derecho; como le preguntaran la razón, respondió:

—Cuando no era más que cardenal buscaba las llaves del Paraíso y me inclinaba para recogerlas; ahora que ya las tengo, no debo mirar más que al cielo.

"UNDERWOOD"
La Reina de las Máquinas de Escribir



Agentes Generales para Venezuela:
ENRIQUE ARVELO & PHELPS
CARACAS

Bs. 580, la más cara de todas,
pero el exceso en precio está mas que pagado con su gran durabilidad y multitud de ventajas sobre toda clase de máquinas. Siempre ha ganado los primeros premios en todas las exposiciones internacionales. A solicitud gustosamente mandaremos catálogos y una lista de las personas en Caracas que usan la "UNDERWOOD", junto con otros datos interesantes.
Rapidez—Economía de tiempo: Se escribe 3 á 5 veces más rápido que con la pluma.
Escritura legible: Desaparecen las malas ó ilegibles escrituras.
Buen efecto: Da importancia á la cosa que la usa.
Varias copias: Se pueden hacer hasta diez copias á la vez, usando papel carbón.
Reproducción: Combinada con el Duplicador "Underwood" se puede hacer *hasta 2.000 copias* en una hora.

ALMACÉN DE
Máquinas de Escribir y Materiales
Traposos á Chorro—Teléfono 1.746

PILDORAS DE ORO Ó EMENAGOGAS
CONTRA LOS DOLORES DEL VIENTRE
alivio inmediato, curación rápida de los trastornos del aparato sexual
DE LA MUJER.

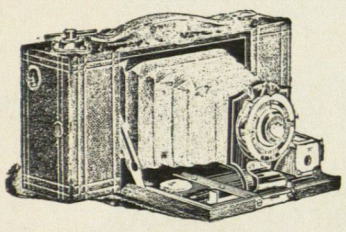
JARABE TONICO FERRUGINOSO
cura la anemia, la clorosis, etc., sin distinción de sexo ni edad, gusto agradable, en su clase es de lo mejor que se prepara en el país.
NINGUN SIMILAR EXTRANJERO LE SUPERA.
DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS DE LA REPUBLICA
Por mayor en casa del autor Dr. Carlos Meyer
La Victoria—Venezuela.

Varias

En Buenos Aires se ha descubierto recientemente, una especie de araña, que algunas veces se dedica á la pesca. En los sitios donde el agua alcanza poca profundidad, teje entre dos piedras una red cónica de dos alas, con la cual corre por el agua y coge pececillos pequeñitos y renacuajos.

Las mujeres de Bélgica se han unido para protestar indignadas contra unas sociedades llamadas filantrópicas que, según dicen, animan á los solteros para que construyan grandes hoteles donde viven disfrutando de todas las comodidades del hogar de los casados.

En Dinamarca, toda persona que al cumplir los veintiún años paga al Estado 165 bolívares tiene derecho á percibir una pensión anual de 325 bolívares, desde que llega á los sesenta y cinco años. Si fallece antes de esta edad, los herederos no pueden reclamar nada.



ALMACEN DE
MATERIALES FOTOGRÁFICOS
ENRIQUE ARVELO & PHELPS
Traposos á Colón 33—Teléfono 1.745—Caracas

DEPÓSITO DE LA
Eastman Kodak Company
la fábrica más importante en el mundo de máquinas fotográficas y materiales.

Gran existencia de todo lo que necesita el fotógrafo aficionado ó profesional.
Máquinas «KODAK» de película: Brownie Nº 1—Bs. 10, Nº 2—Bs. 20, Bulls Eye Nº 3—Bs. 50, Plegadizas Número 1—Bs. 60, Número 1 A—Bs. 80, Número 3 A—Bs. 120.
Máquinas «KODAK» de placas y películas rígidas: Premoette—Bs. 30, Premo Número 4—Bs. 40, Pony Premo (4 5)—Bs. 80, (5 7)—Bs. 120.
Con gusto remitiremos Catálogo completo de máquinas y materiales «KODAK», bellamente ilustrado y escrito en español.

Películas Kodak—Placas Cramer. Standard. Seed—Papel Velox. Solio. Lumiere—Productos químicos—Trípodes—Tanques Kodak para revelar películas á la luz del día.

Se solicita correspondencia con todos los aficionados de la República y se les ofrece aconsejarlos y enseñarlos por correspondencia, contando para ello con la colaboración de un afamado profesional á quien hemos contratado especialmente para la enseñanza de aficionados.
El único verdadero Almacén fotográfico que hay en Caracas.

DR. DIEGO MEZA
CIRUJANO DENTISTA
CON DIPLOMAS DE VENEZUELA Y LOS E. E. U U.

Especialista en *prótesis*, garantiza sus trabajos por 6 años.

Exito inofensivo en las extracciones con su anestésico «*Leal*». Rigurosa antisepcia.

Enseñanza profesional y agencia de «El Cirujano Dentista» por el Dr. J. Rojas y Quintana para el estudio de la profesión.

Coliseo á el Corazón de Jesús. Nº 60.

Teléfono: 1.036.

Caracas—Venezuela.

El calor de las plantas

Varias interesantes experiencias realizadas por el profesor Hans Mollsch, de Praga, prueban que las plantas desarrollan importantes cantidades de calórico.

El hecho se observa colocando en una canasta y en capas superpuestas una buena cantidad de hojas frescas y desecadas. Un termómetro acusará bien pronto la elevación de la temperatura. En el transcurso de quince horas, la columna termométrica subirá de 22 centígrados á 44, llegando á

veces hasta 51. A las treinta y siete horas, la temperatura desciende á 34 y vuelve á elevarse hasta 47, para bajar definitivamente más tarde. Para todo ello, será preciso rodear á la canasta de envolturas poco conductoras del calórico, que eviten cualquier dispersión de éste.

El fenómeno es debido, como sucede en los animales, á la respiración. El primer aumento de la temperatura lo provoca la respiración de las hojas, todavía vivas. Después, *mueren* las hojas y se verifica la pérdida de calórico.

Como demostración práctica, el profesor Mollsch consiguió hacer hervir, con el calor desarrollado por las hojas, una porción de éter cuyo punto de ebullición son los 35 grados.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUÍTIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée, París* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE

COLEGIO AMÉRICA
FUNDADO EN 1894
Admite alumnas internas, semi-internas y externas
PROSPECTO GRATIS A QUIEN LO PIDA A LA DIRECTORA,
Berta M. Meyer.
La Victoria—Venezuela.

Agradecimiento

El reputado médico francés monsieur Hecquet, siempre que visitaba á sus clientes ricos iba á las cocinas y abrazaba á los cocineros y pinches, diciéndoles:

—¡Gracias, amigos míos, por vuestros buenos servicios..! Sin vosotros, los médicos iríamos á parar á un Asilo.

Se apea una señora de un coche de punto, y pregunta al cochero:

—¿Cuánto le debo á usted?

—Tres horas, seis bolívares.

—Ahí van dos dollars. Guárdese usted lo que sobra

El cochero, sonriendo:

—¡Cuatro bolívares de propina...! ¡No le costará mucho trabajo ganar el dinero!

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
PARA TODAS LAS EDADES DE LA VIDA
Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las América
Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales
Precio en toda Venezuela:
Pote grande..... Bs. 2,50
Id. pequeño " 1,50



PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, enfermos y ancianos
De venta en los principales establecimientos de la República

De fácil tolerancia.—El doctor Enrique Siso, de Vila de Cura, escribe lo siguiente á los señores Scott y Bowne:

«Me es satisfactorio significar á ustedes que en los casos en que he aconsejado el uso de la Emulsión de Scott, he obtenido los más favorables resultados, debidos en gran parte á lo correcto de la confección y á la fácil tolerancia del medicamento».

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

(Escribir en máquina es lo moderno por la economía y comodidad.)
Almacén de
MAQUINAS DE ESCRIBIR Y MATERIALES
Agencia exclusiva para todo Venezuela de la maravillosa máquina
"SUN"-60 PESOS.
Tiene muchas de las ventajas de las de 150 pesos, como escritura visible, etc. Imposible de descomponerse y por esto conviene para el interior.
MATERIALES, REPUESTOS, Y ACCESORIOS
para toda clase de máquinas, siempre en existencia.
Se solicita correspondencia.
E. Arvelo & Phelps.
Caracas, Traposos á Colón 33.



"SUN"-60 PESOS,
con tapa de metal
Escritura visible.

"ALMAS QUE PASAN"
(Cuentos en prosa)
POR
AMADO NERVO
De venta en la
"Empresa El Cojo"
Precio para Caracas..... Bs. 4, Ejemplar
" " el Interior..... " 4,25 "

Los fonógrafos en las estaciones

El que un hombre posea una voz potente no es garantía de que todo el mundo entienda lo que dice. Esto donde más se nota es en las estaciones de mucho movimiento, en las que es preciso avisar á veces á los viajeros de diferentes trenes.

Comprendiendo que hay gran diferencia entre una voz extensa y una voz clara, el director del ferrocarril del Pacífico al Canadá, ha introducido una innovación para anunciar las llegadas y las salidas de los trenes. Dicho señor ha sustituido el voceador de una estación por un fonógrafo; cuyos discos están impresionados con una voz fuerte, y perfectamente clara, que sobresale sobre los ruidos que siempre hay en las estaciones. Si da resultado el ensayo se aplicará el sistema á toda la línea.